

LAS ORACIONES DE LA BIBLIA

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LAS ORACIONES DE LA BIBLIA

Para hablar con Dios

**Es necesario orar en todo tiempo y no
desfallecer (Lc. 18,1)**

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

ISBN: 84-7693-272-3
Depósito Legal B: 4024-94
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACIÓN

Son muchas las oraciones que tenemos en la Biblia y que nos enseñan a relacionarnos con Dios. Por ser Él nuestro Creador y nuestro Bienhechor, el que nos ha dado la vida y toda clase de bienes, de Él dependemos y de Él está dependiendo la creación entera.

Dios es el que ha hecho el mundo y todas las cosas que hay en él, pues es Señor del cielo y de la tierra (Hech. 17,24), el que da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. Él hizo de uno (de una sola pareja: de Adán y Eva) todo el linaje humano para poblar toda la faz de la tierra. Él fijó las estaciones y los confines de la tierra por ellos habitables, para que busquen a Dios y siquiera a tientas le hallen, que no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hech. 17,24-28).

«El Señor es bondadoso para con todos y su misericordia está sobre todas sus obras»

(Sal. 145,9). «El Señor está ceca de los que lo invocan, de los que le invocan de veras» (Sal. 145,18). «La oración del humilde tras-pasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su morada» (Eclo. 35,21).

Jesucristo nos habla del valor de la oración al decirnos: «Pedid y recibiréis...» (Jn. 16,24). «Si me pidieréis alguna cosa en mi nombre Yo la haré» (Jn. 14,14). «Todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis» (Mt. 21,22).

Dios nos dice: «Volveos a Mí y Yo me volveré a vosotros... Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras» (Zac. 1,3-4). «Yo soy el Dios todopoderoso, anda en mi presencia y serás perfecto (Gén. 17,1). Por tanto nuestro deber es vivir en continua relación con Dios, pues Jesucristo que vino a este mundo a enseñarnos a orar, nos dice: «Vigilad y orad para no caer en la tentación» (Mt. 26,41). «Es necesario siempre orar y no desfallecer» (Lc. 18,1).

Orar es hablar con Dios, es elevación de la mente a Dios, es despegar el alma del suelo y elevarla hacia Dios..., y estar haciendo el bien bajo la presencia de Dios, pues como

dijo San Basilio: «El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración».

Sin duda obtendremos cuanto pidamos a Dios si lo que pedimos es conveniente y con las condiciones consabidas: atención, humildad, confianza y perseverancia.

Advierto que ya he escrito otros dos libros sobre la oración, mas éste tiene la finalidad de recoger las oraciones principales, con las circunstancias que las acompañan, que se hallan en la Biblia, y no precisamente para que nosotros oremos con ellas, si bien algunas se nos pueden acomodar, sino para que nos animen a acudir a Dios con palabras apropiadas o semejantes según las necesidades de cada uno y reconocer por ellas su poder y eficacia ante Dios.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 1 de mayo de 1991

LAS ORACIONES DE LA BIBLIA

La primera y principal de las oraciones

Empecemos por destacar la oración, llamada del «Padrenuestro», por ser la que Jesucristo nos enseñó, y que, por lo mismo, es la mejor de todas las oraciones. En esta oración, en la que se nos enseña a llamar a Dios «nuestro Padre», se encierra cuanto podemos y debemos pedir como hijos de Dios.

El Padrenuestro contiene siete peticiones: las tres primeras miran al honor y al servicio que debemos a Dios, y las otras cuatro, desde «*Danos hoy nuestro pan de cada día...*», miran a nuestra utilidad y comprenden todas nuestras necesidades. Ésta es la oración enseñada por Jesucristo:

—*Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
Venga a nosotros tu reino;*

hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

—Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

Esta es la oración modelo por ser la fórmula más sencilla para honrar a Dios y pedirle lo que Él quiere que le pidamos. La debemos rezar con cierta frecuencia especialmente al levantarnos por la mañana, y procurar no rezarla rutinariamente, sino fijarnos en las palabras que pronunciamos, pues si así rezamos, «van juntas, como decía Santa Teresa de Jesús, la oración mental y la vocal».

LAS ORACIONES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Abraham intercede por Sodoma

Un día de grande calor hallábase Abraham, sobre el mediodía, sentado delante de su tien-

da a la sombra de un árbol, cuando vio llegar a tres hombres forasteros, a los que les ofreció hospedaje, y luego acompañó a los peregrinos un buen rato camino de Sodoma...

Abraham conoció que Dios mismo en figura de peregrino acompañado de dos ángeles estaba junto a él. Entonces Dios dijo a Abraham: «Voy a destruir a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, porque sus pecados han llegado al extremo y claman venganza».

Intercesión de Abraham: Abraham, que amaba íntimamente a sus semejantes, a pesar de ser culpables, intercede ante el Señor y le dice:

«¿Pero vas a exterminar juntamente al justo con el malvado? Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿los exterminarías acaso, y no perdonarías a la ciudad por los cincuenta justos? Lejos de Ti obrar así, matar al justo con el malvado, y que sea el justo como el malvado, lejos eso de Ti; el juez de la tierra toda, ¿no va a hacer justicia?» (Gén. 18,23-25).

El Señor le contestó que perdonaría a aquellas ciudades impías por amor a los cincuenta justos. Entonces Abraham continuó suplicando, hasta que por fin le contestó de nuevo el Señor: «*Si hubiera diez justos, perdonaría a la ciudad*». Pero ni diez justos se hallaron en Sodoma. Así que a la mañana siguiente tuvo lugar el tremendo castigo.

Habiendo llevado los ángeles fuera de la ciudad a Lot, el piadoso primo de Abraham, con su mujer y sus dos hijas hizo el Señor llover sobre las ciudades impías fuego y azufre que las redujo a cenizas juntamente con todos sus habitantes.

La mujer de Lot, apegada a las cosas materiales que dejaba, por desobedecer el mandado del ángel que dijo, que no volvieran la vista atrás, quedó muerta en castigo y convertida en estatua de sal.

En donde antes estaban las ciudades nefandas, hállese ahora el Mar Muerto, o sea, un lago de aguas salobres y sulfurosas: monumento permanente del castigo de Dios provocado por los crímenes de los hombres.

La lección que se desprende de este hecho es la gran malicia del pecado cuando Dios así lo castiga, y el gran valor de la oración,

porque si hubiera habido diez justos que orasen, aquellas ciudades no hubieran perecido.

Oración de Eliezer, mayordomo de Abraham

Habiendo ya Abraham envejecido quiso dar a su hijo una esposa temerosa de Dios. Para esto dijo a su fiel mayordomo Eliezer: «Vete en busca de una esposa para mi hijo Isaac; pero de ningún modo la elijas entre las hijas impías de Canaán, sino allá en mi patria entre mis parientes.

El criado le prometió que lo cumpliría así: tomó unos camellos, los cargó con los tesoros de su amo y partió para Harán, en donde vivía Nacor, hermano de Abraham. Se paró con los camellos junto a un pozo que estaba a la puerta de la ciudad y en silencio dirigió al Señor esta sencilla oración:

«Yahvé, Dios de mi señor Abraham, concede, te ruego, que tenga suerte hoy, y ten misericordia de mi señor Abraham. Heme aquí en pie junto a la fuente de aguas, adonde las hijas de los habitantes de la ciudad están saliendo a sacar agua.

Ahora bien, la joven a quien yo dijere: «Baja, por favor, tu cántaro, para que yo beba», y ella respondiere: «Bebe tú, y también a tus camellos daré de beber»; ésa sea la que designaste para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que has tenido misericordia de mi Señor» (Gén. 24,12-14).

En esto apareció Rebeca, joven virgen, tan bella como modesta. Llevaba un cántaro al hombro; bajó a la fuente, llenó el cántaro y volvió a subir. Eliezer le dijo: «Dame de beber». «Bebe», contestó la joven con todo agrado, presentándole el cántaro. Después que hubo bebido Eliezer, añadió ella: «Voy a sacar también agua para tus camellos», y vació el cántaro en el bebedero. Corrió a la fuente y sacó agua para todos los camellos.

Eliezer la ofreció pendientes y brazaletes de oro, diciéndola: «¿De quién eres hija?» y ¿habría lugar en casa de tu padre para mí y mis camellos?». Rebeca contestó: «Soy hija de Batuel, hijo de Nacor; hay en casa heno y paja en abundancia para tus camellos y lugar cómodo donde hospedarte».

Entonces Eliezer dirigiendo su voz al cie-

lo, exclamó: «Bendito sea Dios, que me ha conducido a la casa del hermano de mi amo». Se albergó en casa de Batuel. Pidió a Rebeca para esposa de Isaac, y conociendo que Dios así lo determinaba, atendidas las circunstancias que se daban, dejó partir con agrado a Rebeca, y también con agrado de ésta, con Eliezer para ser la esposa de Isaac, y ella fue acompañada durante todo el viaje con sus doncellas hasta llegar al lugar donde estaba el mismo Isaac.

Oración de Jacob, camino de Harán

Jacob, huyendo de su hermano Esaú, que le amenazó de muerte por haberle quitado la primogenitura y la bendición paterna, fue sorprendido en descampado en la oscuridad de la noche. Cansado de caminar, tomó una piedra, la puso por cabecera y se quedó dormido.

En sueños vio una escalera que se apoyaba en la tierra, y cuya cima tocaba en el cielo y ángeles de Dios subían y bajaban por ella, y en lo más alto de ella estaba Dios, que dijo: *«Yo soy el Dios de Abraham y de Isaac: la tierra en que estás durmiendo te la daré a ti y a tus descendientes, en uno de los cuales serán*

benditas todas las naciones de la tierra. Y he aquí que Yo estaré contigo, y te guardaré en todos tus caminos y te restituiré a esta tierra...».

Cuando Jacob despertó de su sueño, exclamó: *«Verdaderamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía»*. Y lleno de temor añadió: *«¡Cuán venerable es este lugar!, no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo»*.

Levantóse Jacob muy de mañana, tomó la piedra, la puso por monumento y derramó encima aceite en señal de que debía ser consagrada a Dios y dio a aquel lugar el nombre de Betel, que significa «casa de Dios».

Jacob oró e hizo un voto, diciendo:

«Si Dios está conmigo, y me guarda en este viaje que hago, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, y vuelvo yo en paz a la casa de mi padre, entonces será Yahvé mi Dios. Esta piedra que he erigido en monumento será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, te daré el diezmo sin falta» (Gén. 28,20-22).

Jacob prosiguió su viaje y fuese al país de los hijos de Oriente, o sea, Mesopotamia don-

de habitaba su tío Labán en la ciudad de Harán, en cuya casa permaneció veinte años, y se casó con Lea y luego con Raquel, y llegaron a tener muchos criados, rebaños de ovejas, cabras, camellos y jumentos, hasta que Dios dijo a Jacob: *«Vuélvete a la tierra de tus padres y yo seré contigo»*. Volvió luego a Betel y construyó allí un altar a Dios, que se le había aparecido cuando iba huyendo de Esaú.

Oración para que Dios le libre de las manos de Esaú

No tardó mucho Jacob en ponerse en camino con cuanto poseía. Cuando llegó al río Jordán, confines de Canaán, sintió un gran temor para presentarse ante su hermano Esaú.. Le envió mensajeros, pidiendo paz, y éstos regresaron muy pronto, diciendo: *«Esaú sale a tu encuentro con cuatrocientos hombres armados»*. Jacob se puso muy asustado y oró de este modo:

«Dios mío, yo no poseía más que este cayado, cuando, hace veinte años, pase el Jordán. Pero Tú me has dado tu bendición y ahora vuelvo con numerosos re-

baños. Líbrame también ahora de las manos de mi hermano» (Gén. 32,9-12).

Durante la noche se le apareció un ángel del Señor, el cual le prometió la protección de Dios y le bendijo. Cambió también su nombre, diciéndole: «Desde ahora te llamarás *Israel*, que significa «Luchador de Dios» o «el que lucha con Dios».

Jacob prosiguió su camino y con su afebilidad y muchos regalos logró aplacar el enojo de su hermano Esaú y se dieron un abrazo de paz.

La oración de José, el hijo de Jacob

La conducta de José nos da pie para hablar de las maneras de orar. Orar es vivir en comunicación con Dios: hablar con Él, vivir bajo su mirada, portarse bien, elevar nuestra mente y nuestras manos en además de súplica al Señor.

José fue objeto de envidia y de odio de sus hermanos. Estos quisieron matarlo, pero terminaron vendiéndolo a unos mercaderes que iban a Egipto, y allí fue comprado por hombre de la corte del faraón o rey de Egipto, lla-

mado Putifar, quien vino a reconocer su sabiduría y lo nombró administrador de su casa; pero un día fue invitado a pecar por la mujer de Putifar, y la rechazó diciéndole:

«¿Cómo podría yo cometer tan gran maldad y pecar contra mi Dios?» (Gén. 39,7-9).

Como José no accediese a pecar con ella, lo que hizo ésta fue calumniarlo ante su marido, como si él fuera el que la hubiera incitado al mal, y la creyó y lo mandó encarcelar.

Después el carcelero, como José era muy bueno y Dios estaba con él, se dio cuenta de sus buenas cualidades y lo hizo guardián de los presos. José ciertamente vivía en comunicación con Dios y con temor santo de no ofenderle, y Dios le dio el don de interpretar sueños y el faraón, por haber tenido un sueño, que ningún adivino supo interpretárselo, llegó a saber que el joven José que estaba en la cárcel, se lo interpretaría, y así sucedió al ser llamado a presencia del soberano, y éste admirado de su saber y que no había persona tan inteligente y sabia como él, lo elevó a la categoría de primer ministro de la nación y virrey de todo Egipto.

Por la sabia administración de José, que supo almacenar en años de abundancia gran cantidad de trigo para los años que vinieron de escasez, sus hermanos se vieron obligados a ir a Egipto a comprar trigo. La Escritura Santa dice: *«Al saber Jacob que había trigo en Egipto, dijo a sus hijos: Bajad allá y compradlo para que vivamos y no muramos»*. (Gén. 42,1-2). Ellos fueron a Egipto y comparecieron ante José, sin conocerle. José los conoció al momento, y deseando saber de Benjamín, pues no lo veía entre ellos, disimuló y fingiendo que no sabía quienes eran, les dijo con bastante aspereza: *«Vosotros sois espías»*.

Ellos contestaron: «No señor mío; tus siervos han venido a comprar trigo, no somos espías. Somos hermanos, hijos de un mismo padre en la tierra de Canaán; el menor está todavía con nuestro padre, y el otro ya no existe».

A esto dijo José: *«Yo temo a Dios»*... Y les dijo que uno de ellos quedara prisionero en Egipto y que fueran a buscar a su hermano Benjamín, para comprobar que no eran espías... Después de muchas pruebas por las que les hizo pasar, trajeron a su hermano Benjamín, hijo de Raquel, como él..., y ya no pudo contenerse, derramando lágrimas, dijo:

Yo soy José vuestro hermano a quien vendisteis. A estas palabras, sus hermanos se llenaron de terror y espanto, porque sabían muy bien cuál era el castigo que merecía su crimen. Pero José los consoló y con cariño les dijo:

«Acercaos a mí, y se le acercaron y les añadió: Yo soy José vuestro hermano, a quien vendisteis para ser traído a Egipto; pero ahora no os entristezcáis y no os pese de haberme vendido para aquí, porque Dios me envió ante vosotros para conservar vuestra vida» (Gén. 45,3-5).

Como podemos ver, Dios estaba con José y José con Él, y si Dios permitió su venta para Egipto y su elevación como virrey fue para bien de su familia y salvación de Israel. A su padre Jacob lo estableció en Egipto y a todos sus hermanos y sustentó a todos y a sus hijos, y los consoló hablándoles al corazón.

Tengamos presente el dicho de San Basilio: «El que se porta bien, ora sin cesar, su vida es una continua oración».

¿Es una oración el levantar las manos hacia Dios?

Según vemos en la Biblia, una de las maneras de orar es también elevar nuestras manos en alto. En el libro de las Lamentaciones, leemos: «*Levantemos nuestros corazones con nuestras manos hacia Dios que está en el cielo*» (3,41). Y San Pablo dice a Timoteo: «*Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando las manos puras*» (1 Tim. 2,8). También el salmista dice: «*Ofrezco mi sacrificio de la tarde, levantando mis manos*» (Sal. 141,2).

San Gregorio Magno comenta: «El que fortifica sus oraciones con sus obras, levanta sus manos con su corazón; pues el que ora sin las obras puede levantar su corazón, pero no sus manos; y el que trabaja y no ora, levanta sus manos, pero no su corazón».

En el Exodo tenemos un ejemplo del valor de las manos levantadas en alto, con intención de súplica al Señor. Esto sucedió en la derrota de los amalecitas, y así leemos:

Josué hizo lo que le había mandado Moisés, y atacó, a Amalec... Mientras Moisés tenía alzada la mano, llevaba Israel

la ventaja, y cuando la bajaba, prevalecía Amalec...» (Ex. 17,10-11).

También dice el salmista: *«Benedicid al Señor vosotros todos los siervos del Señor, los que de noche permanecéis en su templo. Alzad vuestras manos al santuario y bendicid al Señor» (134,2).*

A las palabras del Prefacio de la Misa: «Levantad los corazones», el celebrante levanta las manos, y las mantiene levantadas hasta la comunión... Levantar las manos es propio de un suplicante...

Moisés intercede por el pueblo

Cuando el pueblo de Israel se hizo un becerro de oro y se postraba ante él, el Señor dijo a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Déjame ahora para que se encienda mi ira contra ellos y los consuma; de ti, en cambio, haré un gran pueblo. Pero Moisés imploró a Yahvé su Dios el perdón para su pueblo, y oró así:

«¡Ay! este pueblo ha cometido un pecado grande, fabricándose un dios de oro.

Pero ahora, perdona su pecado; y si no, bórrame de tu libro que has escrito». «Y arrepintióse Yahvé del mal que había amenazado a su pueblo» (Ex. 32,31 y 14).

Moisés nos da aquí un admirable ejemplo de caridad pastoral. Antes de que fuese castigado el pueblo, desea el hombre de Dios ser borrado del libro de los vivientes. El mismo amor admiramos en San Pablo (Rom. 9,3). Pero más admirable aún es la bondad de Dios que se deja aplacar por los ruegos de Moisés y no castiga a Aarón que tenía mayor culpa que el pueblo.

Nueva oración de Moisés

Moisés escogió a doce hombres, entre ellos a Josué y Caleb, para que fuesen a explorar la tierra prometida de Canaán. Al cabo de cuarenta días regresaron con frutos de aquella tierra. Ellos dijeron que era un país muy hermoso y rico, que manaba leche y miel, pero diez de ellos insistieron ante el pueblo que sus habitantes eran muy fuertes y gigantes invencibles, que no era posible vivir entre ellos.

Oyendo el pueblo tan tristes noticias, murmuraron contra Moisés y contra Dios, diciendo: «¡Ojalá hubiéramos muerto en tierra de Egipto o en este desierto!»... En vano repetían Josué y Caleb: «¡Subamos, subamos luego!... La tierra es muy buena, y podremos fácilmente hacer frente y vencer a sus habitantes, porque el Señor está con nosotros».

Todos querían apedrear a Josué y Caleb y volverse a Egipto. En esto fulguró la majestad de Dios sobre el Arca de la Alianza y el Señor dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo habré de sufrir aún, que este pueblo infiel blasfeme mi nombre? Le exterminaré, pero a ti, te haré príncipe de una nación más esforzada. Pero Moisés, el más apacible de los hombres, intercede por el pueblo diciendo:

*«Señor, Tú mismo has declarado que res-
tardo en airarte y eres rico en misericor-
dia, perdona la iniquidad y el pecado, si
bien no lo dejes sin castigo... Perdona,
te ruego, la iniquidad de este pueblo se-
gún la grandeza de tu misericordia y
como lo has soportado desde Egipto has-
ta aquí» (Núm. 14,17-19).*

En atención a la oración de Moisés, Dios los perdonó, pero obraría conforme al deseo del pueblo, morirían en el desierto. Y así dijo Dios a Moisés, diles: *«En este desierto caerán vuestros cadáveres. De cuantos fuisteis en el censo, todos los de veinte años para arriba, que habéis murmurado contra Mí, de ninguna manera entraréis en la tierra, que con juramento prometí daros por habitación, excepto Josué y Caleb.*

Los años que llevaréis vosotros vuestras iniquidades serán tantos como fueron los días que explorasteis la tierra: cuarenta años (andarían errantes por el desierto), contando año por día, y así conoceréis mi aversión por vosotros. Yo, Yahvé, Yo lo digo. Así haré con esta perversa muchedumbre, que se ha levantado contra Mí. En este desierto se consumirán, en él morirán».

En el mismo instante los diez exploradores infieles murieron de muerte repentina. Después tuvieron que volverse al Mar Rojo.

Esta historia nos pone de manifiesto una vez más el valor de la oración y la gran malicia del pecado, cuando vemos como Dios lo castiga.

La oración y el pecado en el libro de los Jueces

El pueblo de Israel sirvió a Dios cumpliendo sus mandamientos durante la vida de Josué, pero la generación siguiente hizo lo malo a los ojos de Dios, pues sirvieron a los baales (ídolos o dioses falsos) y se prosternaron ante ellos provocando los castigos de Dios, y por lo mismo Dios los entregó a reyes extraños, a los madianitas, a los filisteos...

Los israelitas cayeron incesantemente en sus iniquidades, y Dios los castiga siempre que pecan; pero *cuando recurren a la oración y se vuelven a Él arrepentidos, Dios los perdona y los salva*-. Recordemos algunos ejemplos:

1) Los hijos de Israel obraron mal delante del Señor, y se olvidaron de su Dios sirviendo a los baales y aseras (dioses falsos). Y airado el Señor contra Israel, los entregó en manos de Cusán Rasataim, rey de Edom, y los hijos de Israel le sirvieron por espacio de ocho años.

Después, al verse oprimidos, *clamaron al Señor*, volviéndose a Él, y compadecido suscitó para ellos un libertador, que los libró. Éste fue *Otoniel*, hijo de Kenas, hermano mayor de Caleb (Jue. 3,7-9).

2) Los hijos de Israel volvieron de nuevo a caer, años más tarde, en el pecado haciendo lo malo delante del Señor, y por eso, Dios hizo fuerte a Eglón, rey de Moab, contra ellos, a quien sirvieron por espacio de dieciocho años con onerosos tributos.

Clamaron después al Señor, a quien le pidieron que se compadeciera de ellos y les suscitó un libertador, llamado Aod, el cual mató a Eglón, quedando libre Israel.

3) Los israelitas después de la muerte de Aod, continuaron obrando mal ante el Señor, y el Señor los entregó en manos de Jabín, rey de los cananeos.

Viéndose oprimidos los israelitas, *clamaron a Dios, dispuesto siempre a perdonar a los sinceramente arrepentidos*. Entonces el Señor inspiró a una poderosa y heroica mujer, llamada Débora, la cual juzgaba al pueblo en aquel tiempo. Aquella mujer fuerte salvó al pueblo, auxiliada de Jael, otra mujer suscitada por Dios. Ésta mató por sí misma a Sísara, general del ejército de Jabín, al que Dios confundió en aquel día, y con esta victoria quedaron libres los israelitas por espacio de cuarenta años.

4) Pero los hijos de Israel volvieron nue-

vamente a pecar ante el Señor, y los dejó en manos de los madianitas. Israel fue humillado, y *se dirigieron al Señor orando y pidiendo auxilio contra los madianitas*. Para salvarlos, Dios suscitó entonces a Gedeón (Jue. 6,11 ss.).

5) Muere Gedeón, los israelitas se apartan del culto de Dios: vuelven a ser idólatras, y adoran a Baal. Dios los entrega en manos de los filisteos, que los oprimen cruelmente durante dieciocho años. *Los israelitas imploran al Señor, diciendo: «Hemos pecado contra Ti, Señor, y te hemos abandonado; pero ten piedad de nosotros y libértanos. El Señor les envía a Jepté, que los liberta* (Jec. 11).

6) Muere Jepté, y el pueblo vuelve a la idolatría. El Señor le entrega en manos de los filisteos durante cuarenta años. *Los judíos oran de nuevo, y Dios les envía a Sansón, que los venga y los libra de la esclavitud*. Siempre a pesar de las caídas y recaídas del pueblo, Dios se compadece cuando le suplican (Juec. 13-16).

Estos ejemplos nos revelan ¡cuán terrible es el pecado, y cuán poderosa es la oración!

La oración de Ana, madre de Samuel

Ana, se hallaba muy afligida porque no tenía hijos, y reconociendo que Dios la había hecho estéril, iba con frecuencia al templo del Señor, y allí derramando lágrimas, oró así:

«¡Oh Yahvé de los ejércitos, si te dignaras mirar la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí y no te olvidares de tu sierva y le dieras un hijo varón, yo lo consagraré a Yahvé por todos los días de su vida...» (1 Sam. 1,11).

Aquella mujer consiguió lo que pedía al Señor. Poco después concibió y dio a luz un hijo que llamó «Samuel», que significa «escuchado por Dios». Lo llamó así porque lo obtuvo de Dios por medio de la oración.

Oración de David

Al dedicar al Señor ofrendas de oro, plata y piedras preciosas para construir el templo, el que después de su muerte construyó su hijo Salomón, oró así:

«Bendito tú, oh Yahvé, Dios de Israel, nuestro padre de siglo en siglo. Tuya es, oh Yahvé, la majestad, el poder, la gloria y la victoria; tuyo el honor y tuyo cuanto hay en los cielos y en la tierra. Tuyo es el reino; Tú te alzas soberanamente sobre todo. Tuyas son las riquezas y la gloria, Tú eres el dueño de todo. En tu mano está la fuerza y el poderío. Es tu mano la que todo lo afirma y engrandece.

Por eso Dios nuestro, nosotros te confesamos y alabamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos hacer estas voluntarias ofrendas? Todo viene de Ti, y lo que voluntariamente te ofrecemos, de Ti lo hemos recibido.

Somos ante Ti extranjeros y advenedizos, como lo fueron nuestros padres. Son como la sombra de nuestros días sobre la tierra, y no dan espera. ¡Oh Yahvé, Dios nuestro!... conserva para siempre en el corazón de tu pueblo esta voluntad y estos pensamientos y encamina a Ti su corazón...» (1 Cr. 28,10-18).

Grandes enseñanzas tenemos en esta oración. Porque en manos de Dios están todos los bienes y todo cuanto hay en los cielos y en la tierra, David acude a orar a Dios porque Él es el que puede socorrernos por ser tan rico y omnipotente. ¿Qué somos cada uno de nosotros ante Dios, sino unos pobres e indigentes? Mediante la oración debemos todos acercarnos a Dios, exponerle nuestras necesidades y pedirle las remedie. «Que sea tu necesidad quien hable y pida, no tu ambición o tu abundancia».

Oración de Salomón

Después de la muerte de David, su hijo Salomón empezó a reinar, y Dios lo amó porque iba por el camino de sus mandamientos. Una noche se le apareció el Señor en sueños en Gabaón y le dijo: «*Pídeme lo que quieras que Yo te dé*». Y oró así:

Yahvé, Dios mío. Tú has hecho rey a tu siervo en lugar de mi padre David, no siendo yo más que un niño pequeño que no sabe cómo conducirse... Da, pues, a tu siervo un corazón bueno y la sabidu-

ría necesaria para gobernar bien a mi pueblo (1 Rey. 3,7-9).

Mucho agradó al Señor esta petición, y le concedió al joven monarca, no solamente lo que había pedido sino además riquezas y gloria sobre todos los reyes de la tierra.

Otra oración de Salomón

Entre las grandes obras que realizó Salomón, la que más gloria le dio fue la construcción del templo, para el que no escatimó oro ni plata ni las mejores maderas de cedro del Líbano. En el día de su Dedicación se colocó sobre un estrado ante el altar de Yahvé, en presencia de toda la asamblea de Israel, y levantando sus manos hacia el cielo, pidió a Dios que bendijera a su pueblo, y oró así:

Yahvé, Dios de Israel: No hay Dios semejante a Ti, ni arriba en el cielo ni abajo en la tierra, porque guardas la alianza y la misericordia con tus siervos que andan en tu presencia de todo corazón... Pero ¿es verdad que Dios habita sobre la tierra? Los cielos de los cielos no pue-

den contenerte: ¡cuánto menos esta casa que yo acabo de edificar!

Con todo, vuelve tu rostro a la oración que hoy hace tu siervo delante de Ti... Oye, pues, la súplica de tu siervo y de Israel, cuando oraren en este lugar... Cuando pecare alguno contra su prójimo... Cuando haya hambre en la tierra o peste... Cuando se cierre el cielo y no llueva por haber ellos pecado contra Ti, si oraren mirando hacia este lugar y alabando tu nombre y se convirtieren de su pecado por haberlos Tú afligido, óyelos y perdona el pecado de tus siervos...» (1 Rey. 8,22 ss).

Cuando Salomón acabo de orar, los hijos de Israel vieron bajar el fuego y la gloria de Yahvé sobre el templo, cayeron a tierra sobre sus rostros en el pavimento, y adoraron y confesaron a Yahvé: *«Porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*.

Durante la noche se le apareció Yahvé y dijo a Salomón: *«He oído tu plegaria y he elegido este lugar como la Casa en que se habrán de ofrecer sacrificios. Cuando Yo cierre el cielo y no haya lluvia, cuando mande la*

langosta a devorar la tierra, cuando mande la peste entre mi pueblo, si mi pueblo se humilla, se aparta de sus malos caminos y cumpla mis mandamientos, yo le oiré, perdonaré su pecado y curaré a la tierra» (2 Cr.).

Pensemos que Dios nos oye en todo lugar, porque está en todas partes, es inmenso; pero en el templo es donde especialmente se halla. En el templo de Salomón estaba como en figura, mas en los nuestros está en realidad, oculto bajo las especies sacramentales en el sagrario, y allí debemos acudir y visitarle y hacer nuestros ratos de oración. Pablo VI en su encíclica «Misterium fidei», dice: «Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento... que es prueba de gratitud».

Oraciones del profeta Elías

Elías es uno de los profetas más célebres del Antiguo Testamento, que luchó con todo celo y valor contra la idolatría. Él dijo al impío rey Ajab de Israel: *Vive Yahvé, el Dios de Israel a quien sirvo, que no habrá en estos años ni rocío ni lluvia, sino por mi palabra».*

Ajab se irritó y atentó en secreto contra su

vida, y por orden de Dios tuvo que huir y esconderse junto al torrente Carit, que está al Este del Jordán, *«beberás el agua del torrente y yo mandaré a los cuervos que den allí de comer»* y así fue alimentado hasta que se secó el agua del torrente,

Luego fue dada una nueva orden de Yahvé a Elías: *«Levántate y vete a Sarepta, que pertenece a Sidón, y habita allí. Yo he dado orden a una mujer viuda para que te sustente»*.

Tres años estuvo allí, e hizo el milagro de multiplicar un puñado de harina y un poco de aceite, y así fue sustentado él, la viuda y el hijo de ésta. Citaremos ahora dos milagros de Elías, debido a su oración:

1.º La resurrección del hijo de la viuda

Después de esto cayó enfermo el hijo de la mujer, dueña de la casa, y su enfermedad fue muy grave, y murió. Dijo entonces ella a Elías: ¿Qué hay entre ti y mí (qué te he hecho yo), hombre de Dios? ¿Has venido a mi casa para traer a la memoria mi pecado y matar a mi hijo? Por toda respuesta el profeta tomó al niño de los brazos de su madre, y lo llevó a su habitación, y dirigió a Dios esta ferviente oración:

«¡Oh Señor, Dios mío!, ¿cómo es que has afligido a esta viuda, que me ha dado hospedaje, haciendo morir a su hijo? Yo te ruego que el alma de este niño vuelva a su cuerpo» (1 Rey. 17,20-21).

El Señor oyó la oración de Elías y éste llevó vivo el niño a su madre. Ésta exclamó entonces llena de gozo: *«Ahora conozco que eres hombre de Dios y que la palabra de Yahvé en tu boca es verdad».*

2.º Elías prepara un sacrificio y baja el fuego sobre él

La sequía continuaba por entonces y el hambre seguía haciendo estragos en Israel. Compadecido el Señor de su pueblo, habló a su profeta, diciéndole: *«Anda y preséntate a Ajab, porque voy a enviar lluvia sobre la tierra».* Al mismo tiempo salía Ajab con su mayordomo Abdías para explorar el país en busca de pasto para los animales que perecían de hambre.

Elías salió al encuentro del rey, que al verle le dijo con rostro severo: *«¿No eres tú el perturbador de Israel?».* Elías le respondió:

«No soy yo el que ha perturbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre —por tus pecados— por haber abandonado los mandamientos de Yahvé y haber seguido a los baales» (1 Rey. 18,18).

Después hizo Elías al rey esta proposición, que debía manifestar clarísimamente la omnipotencia del Señor: *«Reúne sobre el monte Carmelo al pueblo y a los 450 sacerdotes de Baal»*. Ajab consintió en ello, y asistió él mismo a aquella reunión imponente que había atraído una multitud de espectadores.

Elías acercándose entonces a todo el pueblo, dijo: *«¿Hasta cuándo estaréis vacilantes hacia dos lados? Si Yahvé es Dios, seguidle; y si lo es Baal, id tras él?»*. Como el pueblo callase, les volvió a decir: *«Yo sólo he quedado de los profetas de Yahvé, mientras los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta»*. Que nos traigan dos bueyes; ellos escojan uno, lo corten en pedazos, colocados sobre la leña del altar, sin aplicarle fuego, y yo prepararé el otro buey, y lo colocaré sobre la leña, sin poner fuego debajo.

Después invocad el nombre de vuestro dios, y yo invocaré el nombre de Yahvé y el dios que respondiere con el fuego, ése sea el verdadero Dios (1 Rey, 18,21).

¡Excelente proposición! exclamó el pueblo. Pues empezad vosotros, dijo Elías a los sacerdotes de Baal, porque sois más numerosos. Dispuesto el sacrificio, empezaron a invocar a su dios gritando: «¡Baal, escúchanos!». Así estuvieron toda la mañana repitiendo esta invocación, acompañándola de ridículas contorsiones y danzas; pero nadie respondía.

«Gritad más fuerte —les decía irónicamente Elías—, porque acaso vuestro dios este conversando con alguno o descansando del algún viaje largo, o durmiendo y ya despertará». Y aquellos miserables daban mayores gritos y se saaban las carnes con lancetas, pero todo en vano. Baal permaneció sordo y no mando fuego para el holocausto.

Súplica de Elías. Pasado el mediodía, cuando estaba bien patente la inutilidad de las súplicas y esfuerzos de los sacerdotes de Baal, Elías erigió su altar, que mandó regar todo con agua, y después oró así:

«¡Oh Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: que se haga hoy notorio que Tú eres el Dios de Israel y que yo soy tu siervo, y que todo esto lo hago por tu

mandato. ¡Respóndeme, Yahvé, respóndeme para que sepa este pueblo que Tú, Yahvé, eres el verdadero Dios, y que conviertes a Ti su corazón» (1 Rey. 18,36-38).

Entonces de repente bajó el fuego del Señor y consumió el holocausto, las leñas y las piedras. Al ver esto el pueblo, cayeron sobre sus rostros y exclamaron: «*¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios*»... y los falsos profetas quedaron confundidos y luego fueron degollados...

Oraciones de Ezequías, rey de Judá

Ezequías, rey de Judá, hizo lo recto a los ojos de Dios y puso en Él su confianza. Un día Senaquerib, rey de Asiria, se acercó a Jerusalén con numeroso ejército para sitiarla, y se atrevió a mandar a Ezequías unos emisarios para decirle a él y a todos los de Judá que no anduviesen diciendo: «*Yahvé, nuestro Dios, nos librará de las manos del rey de Asiria*», pues como otras naciones caerían en sus manos con sus dioses, y como blasfemase contra Yahvé, Dios de Israel, entonces lo que hicie-

ron el rey Ezequías y el profeta Isaías, fue oponer sus oraciones a sus blasfemias, y clamaron al cielo (2 Cr. 32). Entonces Ezequías subió a la Casa del Señor y oró así:

«Yahvé, Dios de Israel... Tuya es la majestad, el poder, la gloria y la victoria, tuyo el honor y tuyo cuanto hay en los cielos y en la tierra... Tuyas son las riquezas y la gloria, Tú eres el dueño de todo... ¡Inclina, oh Yahvé, tu oído y escucha... Oye las palabras que Senaquerib ha enviado para insultar al Dios vivo... Ahora, pues, oh Yahvé, Dios nuestro, líbranos de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra, que Tú, Yahvé, eres el solo Dios» (2 Rey. 19,15-19).

Entonces Isaías dijo a Ezequías: *«Así dice Yahvé, el Dios de Israel: He escuchado lo que pediste respecto a Senaquerib, rey de Asiria (No temas a causa de las palabras que has oído con las cuales me ha blasfemado: 19,6). No entrará en esta ciudad, porque Yo la ampararé para salvarla».*

En aquella misma noche salió el Ángel de Yahvé e hirió en el campamento de los asirios

a ciento ochenta mil hombres, y por la mañana, al tiempo de levantarse, todos eran cadáveres. Senaquerib tuvo que levantar el campamento y marcharse a Nínive, donde fue asesinado por dos de sus hijos.

Nueva oración de Ezequías

Por entonces enfermó de muerte Ezequías, y el profeta Isaías vino a él y le dijo: *«Dispón de tu casa, porque vas a morir y no vivirás más»*. Ezequías volvió su rostro contra la pared y oró a Yahvé, diciendo:

«¡Oh Yahvé! Ten cuenta que he andado ante Ti fielmente y con corazón íntegro y que he hecho lo que es bueno a tus ojos». Y Ezequías lloró con gran llanto (2 Rey. 20,3).

Isaías había salido; pero antes que llegase al atrio central, recibió palabra de Yahvé, que le dijo: *«Vuelve a Ezequías, jefe de mi pueblo, y dile: Así habla Yahvé, el Dios de David, tu padre: He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas. Te curaré. Dentro de tres días subirás a la Casa de Yahvé. Te añadiré*

otros quince años a tus días y te libraré a ti y a esta ciudad de la mano del rey de Asiria, y protegeré a esta ciudad por amor de Mí y por amor de David, mi siervo».

Todo lo referido del rey Ezequías y su oración nos pone de manifiesto, una vez más, que es grande el poder de la oración, especialmente cuando va dirigida por almas justas que ponen su confianza en Dios omnipotente en cuyas manos está nuestra vida y nuestro destino. ¡Bienaventurados los que confían en el Señor!

Oración de Asá, rey de Judá

Asá fue un rey bueno y piadoso que hizo lo recto a los ojos de Dios. Él mandó a Judá a buscar a Yahvé, el Dios de sus padres, y practicar la ley y sus mandamientos, y llegó a despojar a su madre de la dignidad de reina por dar culto a un ídolo, el que redujo a cenizas.

Cuando millares de etíopes, acaudillados por Zeraj, intentaron invadir su reino, el Espíritu de Dios vino sobre Azarías, hijo de Oded, el cual fue al encuentro de Asá y le dijo: *«Oídme vosotros, Asá y todo Judá y Benjamín, Yahvé estará con vosotros cuando vosotros*

estéis con Él, y si le buscáis, se dejará hallar de vosotros; mas si le abandonáis, os abandonará» (2 Cr. 15,1-2).

Cuando oyó Asá las palabras y profecías de Azarías, profeta, se sintió fortalecido y luchó por la causa de Dios, y entonces oró así:

«Yahvé, no hay para Ti diferencia entre socorrer al que tiene muchas fuerzas o al que tiene pocas. Ven, pues, en ayuda nuestra, Yahvé, nuestro Dios, porque en Ti nos apoyamos nosotros, y a combatir en tu nombre hemos venido contra toda esta muchedumbre. Yahvé, tú eres nuestro Dios, que no sea el hombre quien triunfe de Ti» (2 Cr. 14,10).

Y con la ayuda de Dios fue deshecho el ejército enemigo y todos ellos fueron aniquilados, y Asá hizo que el pueblo renovase la alianza con Yahvé.

Oración del rey Josafat

Josafat siguió los buenos ejemplos de su padre Asá, elevó su reino a un grado de prosperidad y grandeza, y comprendiendo que la

ignorancia en materia de religión trae necesariamente la corrupción de costumbres, se propuso inculcar en todo el país la ley de Dios.

Pasado algún tiempo los hijos de Moab y de Amón vinieron en guerra contra Josafat. Dieron noticia a éste, diciendo: *«Marcha contra ti una gran muchedumbre de gentes de más allá del Mar Muerto y de Siria, que están ya en Engadi»*. Entonces Josafat mandó reunir a los de Judá para orar al Señor y él puesto en medio de la asamblea, oró así:

«Yahvé, Dios de nuestros padres, ¿no eres Tu Dios en el cielo, y no eres Tu el que reinas sobre todos los reinos de las gentes? ¿No está en tu mano el poder y la fortaleza, sin que haya quien pueda resistirte?... Nosotros no tenemos fuerza contra esta gran muchedumbre que viene contra nosotros; y no sabemos qué hacer. Por eso nuestros ojos se vuelven hacia Ti pidiendo auxilio» (2 Cr. 20,6,12).

Entonces vino el Espíritu de Yahvé sobre Jajaziel, levita de los hijos de Asaf, el cual estaba en medio de la asamblea y dijo: *«No*

temáis ni os asustéis ante esta gran muchedumbre, porque no es vuestra guerra, sino de Dios... Salid mañana al encuentro de ellos, pues Yahvé estará con vosotros». Al salir, el rey Josafat repitió: «Confiad en Dios y creed a sus profetas y prosperaréis», y puestos cantores delante del ejército para alabar al Señor: «Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia», sucedió que en cuanto comenzaron los cantos y alabanzas, arrojó Yahvé discordia sobre los enemigos que habían venido contra Judá, y se mataron unos a otros..., y luego se volvieron glorificando a Dios, porque los había librado de sus enemigos.

Oración de Esdras

En virtud del edicto de Ciro, rey de Persia, los cautivos de Babilonia de las tribus de Judá y Benjamín pudieron regresar a Jerusalén, y aquellos, «cuyo espíritu hubo movido Dios», fueron unos 50.000 los que subieron para edificar la Casa del Señor.

Todos estos vinieron al mando de Josué (que fue el sumo sacerdote después del cautiverio) y de Zorobabel, que ejerció funciones

de gobernador, y ellos, después de muchos obstáculos y contrariedades lograron edificar el templo del Señor.

Bajo el reinado de Artajerjes vino Esdras a Jerusalén, varón ilustre, de estirpe sacerdotal, muy versado en la Ley de Dios y con él otros muchos compañeros que trajeron plata y oro para la Casa del Señor.

Esdras, sabedor entonces del pecado de los matrimonios con mujeres extranjeras, postrado de rodillas, al tiempo de la ofrenda de la tarde, rasgando su manto y tendiendo a Yahvé sus manos, oró así:

«¡Dios mío! Estoy confuso y avergonzado, Dios mío, y no me atrevo a levantar a Ti mi rostro, pues nuestras iniquidades se han multiplicado por encima de nuestra cabeza, y nuestros delitos suben hasta el cielo. Desde los días de nuestros padres hasta hoy hemos sido muy culpables; y por nuestras iniquidades, nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes hemos sido entregados a las manos de los reyes extranjeros, a la espada, a la cautividad, al saqueo, a la vergüenza que sufre nuestro rostro...

Pues hemos abandonado tus mandamientos, los que nos prescribiste por medio de tus siervos los profetas... Después de todo lo que nos ha sucedido por nuestras maldades y grandes pecados que hemos cometido, porque tu, Dios nuestro, no nos has castigado en proporción a nuestras iniquidades, ¿vamos a comenzar de nuevo a traspasar tus mandamientos, a emparentar con esos pueblos abominables? ¿No se ensañaría contra nosotros tu cólera hasta destruirnos del todo, sin dejarnos ni resto ni escape?

¡Yahvé, Dios de Israel! Tu eres justo; pues los que hemos quedado no somos más que un resto que ha escapado, como hoy se ve. ¡Henos aquí delante de Ti, cargados de nuestra culpa, porque a causa de esto no podemos estar en pie delante de Ti!»...

Mientras que Esdras lloraba postrado ante la Casa de Dios y hacía esta plegaria y esta confesión, se había reunido junto a él una gran muchedumbre de gentes de Israel: hombres, mujeres, niños, y el pueblo se deshacía en lágrimas... y prometieron ser cumplidores de los mandamientos de Dios.

Oración de Nehemías

Nehemías, habiendo sabido en Babilonia que las murallas de Jerusalén estaban en ruinas y sus puertas quemadas por el fuego, y que los sobrevivientes vivían en gran miseria y oprobio, se propuso ir a Jerusalén y reedificarla y lo logró con plena autorización del rey Artajerjes, y antes de emprender el viaje, lloró e hizo duelo, orando así:

«Ruégote, oh Yahvé, Dios del cielo, Dios grande y terrible, que guardas la alianza y la misericordia con los que te aman y observan tus mandamientos; présteme atención tus oídos, y ábranse tus ojos, para escuchar la oración que yo, siervo tuyo, elevo ahora delante de Ti, día y noche, por tus siervos, los hijos de Israel, a la vez que confieso los pecados de Israel, cometidos por nosotros contra Ti; porque yo y la casa de mi padre hemos pecado, te hemos ofendido gravemente y no hemos guardado tus mandamientos, las leyes y los preceptos que tu prescribiste a tu siervo Moisés.

Acuérdate, te ruego, de la palabra que

intimaste a Moisés, tu siervo, diciendo: Si pecareis, Yo os esparciré entre las naciones; y si, en cambio, os convirtiereis a Mi, guardando mis mandamientos y poniéndolos por obra, reuniré a tus desterrados aunque estuvieran en los confines de la tierra, y los llevaré al lugar que he escogido para que habite allí mi Nombre. Pues siervos tuyos son, y pueblo tuyo, que Tu redimiste con tu gran poder y tu fuerte mano.

Ruégote, Señor, que prestes atento oído a la oración de tu siervo, y a la plegaria de tus siervos que se complacen en temer tu Nombre. Da ahora éxito a tu siervo, y concédele que halle gracia delante de este hombre»; pues servía yo entonces de copero al rey.

Artajerjes dio luego permiso a Nehemías para ir a reedificar a Jerusalén y le dio cartas para los gobernadores del otro lado del río para que le permitiesen pasar y entrar en Judá, y otra carta para el guardabosques del rey para facilitarle las maderas necesarias... y después de bastantes obstáculos pudo reparar las murallas... El mismo Nehemías dijo: «*Dióme el*

rey estas cartas, pues la buena mano de mi Dios estaba sobre mí» (Neh. 2,8).

Nehemías quedó en Jerusalén en calidad de gobernador de Judá, pues a este fin fue enviado por el rey Artajerjes.

Plegaria de los levitas en tiempo de Nehemías

Un día se congregaron los hijos de Israel para un ayuno cubiertos de saco y polvo. Y separado ya el linaje de Israel de todos los extranjeros, se pusieron de pie e hicieron confesión de sus pecados y de las iniquidades de sus padres. Entonces los levitas en alta voz clamaron a Yahvé, su Dios.

En esta larga oración ponen de manifiesto los pecados y la ingratitud del pueblo y la infinita misericordia de Dios, y en ella se refleja en compendio la historia de Israel. He aquí la plegaria:

«Tu solo eres el Señor; Tu hiciste el cielo, y el cielo de los cielos, con toda su milicia; la tierra con todo cuanto hay en ella y los mares con todo lo que en ellos

existe. Tu das vida a todas estas cosas, y la milicia del cielo te adora.

—Tu, Yahvé, eres el Dios que escogiste a Abram (= padre excelso), le sacaste de Ur de los caldeos y le diste el nombre de Abraham (= padre de multitudes). Tu hallaste fiel su corazón delante de Ti, e hiciste con él alianza de dar a su descendencia el país de Canaán... y tu has cumplido tu palabra, pues eres justo.

—Tú miraste la aflicción de nuestros padres en Egipto, oíste su clamor junto al Mar Rojo, e hiciste maravillas y prodigios contra el faraón, contra todos sus siervos y contra todo el pueblo de su país; pues sabías con cuanta crueldad los habían tratado...

—Tú dividiste delante de ellos el mar, por en medio del cual pasaron a pie enjuto, y arrojaste a sus perseguidores en el abismo como se arroja una piedra en el abismo...

—Tu en columna de nube los condujiste de día, y en columna de fuego de noche, para alumbrarles la senda por donde habían de caminar.

—Tu bajaste sobre el monte Sinaí, y ha-

blaste con ellos desde el cielo, dándoles normas rectas, leyes de verdad, mandamientos y preceptos excelentes.

—Tú les diste a conocer tu santo sábado y les ordenaste preceptos, mandamientos y la Ley por medio de Moisés, tu siervo.

—Tú les diste en su hambre pan del cielo, y en su sed hiciste que en su sed el agua brotara de la roca, y les dijiste que tomaran posesión del país que con mano alzada le prometiste dar.

Ingratitud del pueblo: Pero ellos y nuestros padres obraron con soberbia, y endureciendo su cerviz no escucharon tus mandamientos. No quisieron oír, no se acordaron de las maravillas que Tú habías hecho por ellos; antes, con dura cerviz y en rebelión, pensaron elegir caudillo para volverse a su servidumbre.

—Pero Tú eres Dios de perdones, clemente y piadoso, tardo a la ira y de mucha misericordia, y no los abandonaste, ni aún cuando se hicieron un becerro de fundición y dijeron: «¡Este es tu Dios que te hizo subir de Egipto», y cometieron grandes abominaciones.

—Tu, no obstante, en tu gran misericor-

dia no los abandonaste en el desierto, y la columna de nube no se apartó de ello de día para guiarlos por el camino, ni la columna de fuego de noche, para alumbrarles el camino por donde habían de ir.

—Tu les diste también tu buen Espíritu para instruirlos; y no retiraste de su boca el maná, y les diste agua en su sed. Los sustentaste por cuarenta años en el desierto y nada les faltó, y no se envejecieron sus vestidos ni se hincharon sus pies.

—Después les diste reinos y pueblos, repartiendo entre ellos el país de Sehón, el país del rey de Hesbón y el país de Og, rey de Basán. Multiplicaste sus hijos como las estrellas del cielo, y los introdujiste en la tierra de que dijiste a sus padres que entrarían a poseerla.

Vinieron los hijos y la poseyeron, y humillaste delante de ellos a los moradores de la tierra, los cananeos, entregándolos en sus manos, con sus reyes y los pueblos del país, para que hiciesen con ellos lo que quisiesen.

—Tomaron ciudades fortificadas y una tierra pingüe; se apoderaron de casas

llenas de toda suerte de bienes, de cisternas excavadas, de viñas, olivares y árboles frutales en abundancia; y comieron y se saciaron y engordaron y vivieron en delicia merced a tu gran bondad.

—Pero fueron rebeldes y se levantaron contra Ti, echando tu Ley a las espaldas y mataron a tus profetas, que los reprendían para convertirlos a Ti, e hicieron grandes abominaciones.

—Los entregaste en manos de sus enemigos, que los afligieron; pero cuando en el tiempo de su angustia clamaron a Ti, los oíste desde el cielo, y según la multitud de tus misericordia les diste libertadores que los salvaran del poder de sus enemigos. Pero en cuanto quedaban en paz se volvían para hacer lo malo a tus ojos, y por eso volviste a abandonarlos en manos de sus enemigos, que los dominaban, y de nuevo convertidos clamaban otra vez a Ti, y Tu desde el cielo los oías, y según tus misericordias los libraste muchas veces.

—Los amonestaste para que se volvieran a tu ley; pero ellos en su soberbia no escucharon tus mandamientos; pecaron

contra tus preceptos, en cuya observancia halla el hombre la vida, mostraron hombres rebeldes, endurecieron su cerviz y no obedecieron.

—Los soportaste largos años, amonestándolos con tu Espíritu, por medio de los profetas. Mas no dieron oídos y entonces los entregaste en manos de pueblos extraños.

La infinita misericordia de Dios. Con todo esto en tu gran misericordia no acabaste con ellos ni los abandonaste, porque eres un Dios clemente y misericordioso.

—Ahora, pues, oh Dios nuestro, Dios grande, fuerte y temible, que guardas la alianza y la misericordia, no tengas en poco toda esta angustia que ha venido sobre nosotros, sobre nuestros reyes y nuestros príncipes, sacerdotes y profetas, sobre nuestros padres y todo el pueblo, desde los días de los reyes de Asiria hasta el día de hoy.

—Pero Tú has sido justo en todo lo que sobre nosotros ha venido; Tú has obrado justamente, mientras nosotros hicimos el mal. Nuestros reyes y príncipes, sacer-

dotes y nuestros padres no han cumplido tu Ley, no hicieron caso de tus mandamientos, ni de los testimonios que diste contra ellos.

—Ellos, al contrario, a pesar de la gran bondad con que los trataste, no te sirvieron en su reino, en la tierra espaciosa y pingüe que les pusiste delante, ni se convirtieron de sus malas obras. He aquí que hoy somos siervos; sí, somos siervos en ese mismo país que tu diste a nuestros padres, para que comiéramos sus frutos y sus bienes. Sus abundantes frutos son para los reyes que Tú has puesto sobre nosotros a causa de nuestros pecados. Ellos dominan según su antojo sobre nuestros cuerpos y nuestras bestias, y vivimos en gran angustia.

Después de esta plegaria convinieron en hacer una fiel alianza, la que fue signada por los príncipes, levitas y sacerdotes, y prometieron con imprecación y juramento seguir la Ley de Dios, dada por medio de Moisés, siervo de Dios, y guardar y practicar todos los mandamientos de Yahvé, nuestro Señor, sus leyes y sus preceptos.

Oración de Tobías

En el libro de Tobías que es uno de los más bellos e instructivos del Antiguo Testamento, se nos refiere la historia de Tobías, israelita, llevado cautivo a Asiria, hombre bueno y honrado, que estuvo desterrado en Nínive.

Cuando llegó al trono Senaquerib, se mostró este rey duro con los israelitas, llegando su crueldad hasta negarles sepultura; mas Tobías escondía los cuerpos en su casa y de noche los enterraba. Llegada la noticia al rey, se le confiscaron sus bienes, y tuvo que huir con su mujer y con su hijo para salvar su vida.

Un día, después de volver a su casa fatigado de enterrar, se echó al pie de una pared para descansar. Mientras dormía, de un nido de pájaros que había en el muro, le cayó estiércol caliente sobre los ojos y quedó ciego y reducido a pobreza, y llegó un día en que su mujer le reprochaba: «*¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? Ya lo ves ahora*». Tobías no murmuró, su paciencia fue entonces admirable y comparable con la de Job, y se puso a orar, diciendo:

«Justo eres, Señor, y justas todas tus

obras; todos tus caminos son misericordia y verdad; juzgas siempre según verdad y justicia. Ahora, pues, Señor, acuérdate de mi, no tomes venganza de mis pecados, y no traigas a tu memoria mis delitos, ni los de mis padres.

Por cuanto no hemos obedecido a tus mandamientos, por eso hemos sido entregados al saqueo, a la esclavitud y a la muerte, y hemos venido a ser la fábula y el escarnio de todos los pueblos, entre los cuales nos has dispersado.

Por eso, son ahora tan grandes tus juicios, oh Señor, porque no hemos obrado según tus preceptos, ni procedido sinceramente delante de Ti. Y ahora, Señor, haz conmigo conforme a tu voluntad; y manda que sea recibido en paz mi espíritu; pues mejor me es morir que vivir».

Oración de Sara, hija de Ragües

Aquel mismo día, dice la Biblia, Sara, que vivía con su padre Ragüel en Ecbactana de Media, fue insultada por sus esclavas (a las que había reprendido) y el motivo del insulto fue porque habiendo sido dada en matrimonio

a siete maridos, el maligno demonio Asmodeo les había dado muerte antes que con ella hubieran tenido vida conyugal, y le decían: «¿No estás loca tú, que ahogas a tus maridos?... Oyéndolas, se entristeció sobremanera... y terminó orando así:

«Bendito eres, Señor Dios mío, y bendito tu nombre, santo y excelso por los siglos. Bendito, oh Dios de nuestros padres, que después de haberte enojado usas de misericordia, y en tiempo de la tribulación perdonas los pecados a los que te invocan. A Ti, Señor, vuelvo mi rostro, a Ti levanto mis ojos. Ruégote, Señor, que me libres del lazo de este oprobio, o que por lo menos me saques de este mundo. Tu sabes, Señor, que yo estoy limpia de todo pecado con hombre. Jamás estuve con gente frívola, ni tuve trato con los que se portan livianamente.

Si consentí en tomar marido, fue en tu temor, y no por un afecto sensual mío. Así que, o yo fui indigna de ellos, o acaso ellos no fueron dignos de mí; porque me has reservado Tú tal vez para otro espo-

so. Pues tus designios sobrepujan la capacidad de los hombres.

Tú no te deleitas en nuestra perdición; puesto que después de la tempestad das la bonanza, y después de las lágrimas y el llanto infundes la alegría. ¡Oh Dios de Israel! bendito sea tu nombre por los siglos! ».

La oración de Tobías y la de Sara fueron escuchadas por Dios, y la Providencia divina que los hizo pasar por tantas pruebas, veló sobre ellos, y el arcángel San Rafael les fue enviado para remediar a los dos y para casar a Sara, la hija de Ragüel, con Tobías, y paralizar a Asmodeo, el maligno demonio, por cuanto a Tobías tocaba heredarla.

Oración del hijo de Tobías y de Sara

Para entender bien esta historia es necesario que sepamos que Tobías tenía un hijo, llamado también Tobías, al que mandó su padre que fuera a Ragües de Media a cobrar diez talentos de plata que había prestado a Gabelo en Ragües, ciudad de los medos, y lo mandó con el recibo que tenía firmado por él. Como

no sabía bien el camino, halló a un joven, que se le ofreció de compañero de viaje. No sospechaba que fuera un ángel enviado por la Providencia. Era el arcángel San Rafael.

Cuando iba llegando a la ciudad de Ecbatana el ángel dijo a Tobías: Aquí vive un pariente tuyo, llamado Ragüel, cuya hija única, Sara, debes pedirle por esposa. A ti te toca por herencia, pues tu ya eres el único de su linaje; la joven es bella y discreta. Hablaremos con sus padres y al volver de Ragües celebraremos la boda.

Todo se realizó bien, se cobraron los diez talentos de plata, y se llevó a cabo la boda, y porque Tobías temía que le sucediese como a los que perecieron en la cámara nupcial, el ángel le dijo: *No temáis, que para ti está destinada Sara desde la eternidad.*

La noche en que quedaron solos Tobías y Sara, se levantó Tobías del estrado y dijo a Sara: Levántate, hermana; vamos a orar para que el Señor tenga misericordia de nosotros. Y comenzó Tobías diciendo:

«Bendito eres, Dios de nuestros padres, y bendito por los siglos tu nombre santo y glorioso. Bendígante los cielos y todas

las criaturas. Tu hiciste a Adán y le diste por ayuda y auxilio a Eva, su mujer; de ellos nació todo el linaje humano. Tú dijiste: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él. Ahora, pues, Señor, no llevado de la pasión sexual, sino del amor de tu ley, recibo a esta mi hermana por mujer. Ten misericordia de mi y de ella y concédenos a ambos larga vida». Ella respondió: «Amén».

Ambos pasaron dormidos aquella noche y aparecieron vivos. Al ver Ragüel que no había sucedido lo que temía, que hubiera muerto Tobías como los anteriores maridos de su hija, bendijo al Señor diciendo: *«Bendito seas tu, Señor, que tuviste misericordia de estos dos hijos únicos; ten de ellos piedad y concédeles acabar en bien su vida con alegría y misericordia».*

Luego regresaría el matrimonio felizmente a la casa de su padre Tobías, el que recuperaría la vista, y pudo verlos llenos de salud y de bienes, y al quererle pagar los servicios al joven que le había acompañado, éste se les reveló y le dijo: *«Benedicid al Dios del cielo...*

Cuando tu orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos..., yo presentaba tu oración al Señor... Ahora el Señor me envió a sanarte a ti, y a librar del demonio a Sara mujer de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor». Al oír estas palabras se llenaron de turbación... y el ángel le dijo: «No temáis; por disposición de Dios estaba entre vosotros. Bendecidle y cantad sus alabanzas».

Oración de Judit

Un rey de Nínive, capital del imperio asirio, por nombre «Nabucodonosor» (propia- mente era *Asurbanipal*, que quiso también llamarse «Nabucodonosor» por haber conquista- do Babilonia), hizo guerra a Arfaxat, rey de los medos, al que derrotó, y en su orgullo exi- gió la sumisión de las naciones de Occidente. Mas éstas se negaron a ello, y mandó a su generalísimo Holofernes para castigarlas. Éste invadió muchos territorios y aterró a muchas naciones... Y llegó hasta la ciudad de Betulia fortificada por los israelitas.

Cuando llevaba un mes de asedio y esta- ban dispuestos a rendirse por la sed, Judit

mujer hermosa y de gran piedad dice a los jefes de la ciudad que oren al Señor y esperen.

Mientras tanto, estando a solas, Judit prostrada en tierra y con traje de penitencia, dirigió al Señor esta oración fervorosa implorando su auxilio y amparo en la arriesgada empresa:

«Dios mío, Dios mío, escucha mi oración, desbarata el ejército poderoso de los asirios que se apoyan en sus armas y en su fuerza. Tu eres el Señor que decide las batallas. Que los ojos de Holofernes, fijados en mí sean el lazo en que quede preso, hiérello tú con las dulces palabras de mi boca. Pon firmeza en mi corazón para despreciarlo, y valor para destruirlo. Que todas las naciones de la tierra reconozcan que Tú eres Dios y que no hay otro, fuera de Ti» (9,2s).

Concluida la oración, cambió sus vestidos de luto y de penitencia por ricos adornos y joyas, se ungió con exquisitos perfumes y quedó tan ataviada, que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban. Después en compañía de una criada sale de la ciudad, va donde

está el generalísimo Holofernes, lo engaña (pues la empresa de Judit consistía en un ardid de guerra) diciéndole cómo puede apoderarse de Israel... Holofernes permitió que cuando ella quisiese, la dejaran salir al campo cada tarde para ir a invocar a su Dios... iba pues, a rezar durante la noche al valle de Betulia y después volvía a su tienda, la tienda de los tesoros...

En la noche del cuarto día, Holofernes invitó a Judit a comer con él. Ella aceptó aquella invitación..., él bebió con exceso, lo mismo que sus servidores, que se marcharon después de la comida; mas el general tuvo que echarse en cama, sumergido por el sueño que le produjo la embriaguez.

Este era el momento esperado por Judit. Sin pérdida de tiempo invocó la protección divina, y puesta en pie junto al lecho de Holofernes, oró así en su corazón:

«Dame valor, Señor de Israel, y echa en esta hora una mirada propicia sobre la obra de mis manos, para que ensalces, como lo tienes prometido, tu ciudad de Jerusalén, y ponga yo por obra lo que he pensado ejecutar con tu asistencia» (13,7).

Inmediatamente se acercó a la columna que estaba cerca de la cama, tomó y desenvainó la espada que había allí colgada, y agarrando a Holofernes por los cabellos, al tiempo que decía: «*Dame fuerzas, Dios de Israel, en esta hora*» con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole la cabeza.

Dejando el cuerpo tendido en el suelo, tomó la colgadura, envolvió en ella la cabeza y huyó con ella y su criada a Betulia, donde invitó a todos a alabar a Dios... Sabida más tarde la muerte del generalísimo, cundió el pánico en los asirios y huyeron...

Oraciones de Ester y de Mardoqueo

Ester era una huérfana judía, que vivía con un tío suyo llamado Mardoqueo y la había adoptado como hija. Era uno de los desterrados, llevados de Jerusalén a Susa por Nabucodonosor.

El rey Asuero (sucesor de Darío y que ocupaba entonces el trono de Persia, y más conocido con el nombre de Jerjes I) se prendó de la hermosura de Ester, se casó con ella y le dio el título de reina; pero ignoraba que fuese

judía, porque su tío le había dicho que guardase secreto de su procedencia.

Algún tiempo después, Asuero elevó a la primera dignidad del imperio a un hombre ambicioso, soberbio y astuto, enemigo de los judíos y en particular de Mardoqueo, llamado *Amán*, delante del cual, según el rey, debía doblarse la rodilla para rendirle homenaje.

Mardoqueo rehusó darle esta señal de respeto, que creía era solamente debida a Dios. Amán indignado, resolvió vengarse haciendo condenar a muerte no sólo a Mardoqueo, sino a todos los judíos, residentes en el territorio persa, y para ello hizo ver al rey que los judíos estaban a punto de sublevarse contra él, y le arrancó un edicto de exterminio.

Al saber esto Ester, mandó decir a Mardoqueo que reuniese a los judíos de Susa y que ayunasen y que ella también ayunaría y oraría para luego poder intervenir ante el rey para que quedase anulado el edicto. Mardoqueo hizo lo que Ester le había mandado, y él oró así.

Oración de Mardoqueo. *«Señor, Señor, Rey omnipotente, en cuyo poder se hallan todas las cosas, a quien nada podrá oponerse si quieres salvar a Israel: Tú*

que has hecho el cielo y la tierra y todas las maravillas que hay bajo los cielos, Tú eres dueño de todo y nada hay, Señor, que pueda resistirte.

Tú lo sabes todo; tu sabes, Señor, que no por orgullo y altivez ni por vanagloria hice yo esto de no adorar al orgulloso Amán; que de buena gana besaría las huellas de sus pies por la salvación de Israel; que yo hice esto por no poner la gloria del hombre por encima de la gloria de Dios; que no adoraré a nadie fuera de Ti, mi Señor, y que obrando así no lo algo por altivez.

Ahora, pues, Señor, mi Dios y mi Rey, Dios de Abraham, perdona a tu pueblo cuando ponen en nosotros los ojos para nuestra perdición, con el ansia de destruir tu antigua heredad. No echés en olvido esta tu porción, que para Ti rescataste de la tierra de Egipto.

Escucha mi plegaria y muéstrate propicio a tu heredad, para que conviertas nuestro llanto en alegría, para que viviendo alabemos, Señor, tu Nombre, y no cierres las bocas de los que te alaban» (Est. 13,9-17).

Todo Israel, orando unánimemente, clamó al Señor, pues una muerte cierta les amenazaba a todos. Entonces la reina Ester, presa de mortal angustia, acudió al Señor, y despojándose de sus vestiduras reales, tomó un traje propio de llanto y luto, y en vez de preciosos perfumes, cubrió la cabeza de ceniza y basura, mortificó su cuerpo con ayunos y oró así:

Oración de Ester. *«Señor mío, tú que eres nuestro único Rey, socórreme a mí, que estoy desolada, pues no tengo otra ayuda fuera de Ti: porque se acerca el peligro. Desde que nací he oído en la tribu de mi familia que Tú, Señor, escogiste a Israel entre todas las naciones, y a nuestros padres de entre todos sus antepasados, por heredad perpetua, y que les cumpliste cuanto les habías prometido. Ahora nosotros hemos pecado delante de Ti, y Tú nos entregaste en poder de nuestros enemigos, en castigo de haber adorado a sus dioses...*

No entregues, Señor, tu cetro a los que nada son, ni se rían de nuestra caída; antes bien vuelve contra ellos sus maquinaciones, y derriba al que ha empezado

a desencadenar su furor contra nosotros... Pon en mi boca palabras apropiadas cuando me presente al león (= al rey), y muda su corazón para que aborrezca a nuestro enemigo y éste perezca con todos los que están de acuerdo con él.

Líbranos con tu mano y ayúdame a mí, que estoy sola y no tengo sino a Tí, Señor. Tú lo sabes todo, y sabes, por tanto, cómo aborrezco la gloria de los inicuos y detesto el lecho de los incircuncisos y de todo extranjero. Tú conoces que sólo por necesidad estoy donde estoy, que detesto las señales de mi gloria que llevo sobre mi cabeza en los días de mi lucimiento..., y que ésta tu sierva desde el día en que fue trasladada acá, hasta el presente, jamás se ha alegrado sino en Tí, Señor, Dios de Abraham.

¡Oh Dios! que eres más fuerte que todos, oye la voz de los desamparados y líbranos del poder de los perversos, líbrame a mí de todo mal».

Ester, después de invocar el amparo de Dios, ataviada en traje de gala se encaminó

ante la presencia del rey, y logró su benevolencia y que fuese revocado el edicto de proscripción contra los judíos y que Amán muriese en la propia horca que él había destinado para suplicio de Mardoqueo. Luego éste fue exaltado a calidad de primer ministro, por haberse reconocido que a él se le debía haber descubierto una conspiración contra el rey.

Oraciones en los Salmos

Los salmos son una colección de oraciones, o bien de himnos o canciones sagradas con las que la Iglesia acostumbra a «alabar a Dios, darle gracias, hacerle súplicas, pedirle perdón», etc. Orar con los salmos es orar con palabras de Dios, pues todos ellos son oraciones inspiradas por el Espíritu Santo. Y así dice admirablemente San Agustín: «Para que Dios fuese dignamente alabado por el hombre, se alabó Él a sí mismo; y porque Él se dignó alabarse, por eso encontró el hombre manera de alabarlo».

Veamos sólo algunas de estas oraciones:

Salmo 6. Oración de un alma penitente y atribulada.

Señor, no quieras argüirme en tu ira, ni corregirme en tu furor. Ten misericordia de mí, oh Señor, porque soy débil; sáname, porque hasta mis huesos se estremecen, y mi alma está en el colmo de la perturbación; mas Tú, Señor, hasta cuando me dejarás penar? Vuélvete a mí, Señor, libra mi alma; sálvame por tu misericordia, porque en la muerte no hay quien se acuerde de Ti. (Salva mi vida para poder desagraviarte más por mi pecado y alabarte más y más, que en el sepulcro ya no podré hacerlo).

Salmo 25. Súplica de perdón y de socorro...

«A Ti, Señor, Dios mío, elevo mi alma. En Ti confío, no sea yo confundido... Muéstrame tus caminos e instrúyeme... Tu eres el Dios que me salva. Acuérdate, Señor, de tus misericordias y de tus bondades de todos los tiempos. No recuerdes los pecados de mi juventud, ni

mis ofensas... Acuérdate de mi por tu bondad... Tú perdonarás mi culpa aunque es muy grande.

Mírame Tu y tenme lástima, porque soy miserable y estoy solo. Perdona Tu todos mis delitos... Cuida Tú mi alma y sálvame.

Salmo 51 (50)

Este es el salmo «Miserere», el principal entre los salmos penitenciales y uno de los más bellos actos de contrición, compuesto por David después de reconocer ante el profeta Natán la enormidad de sus dos grandes pecados. Es como el desarrollo del «Peccavi», que pronunció en esa ocasión: «¡Pequé contra el Señor!» (2 Sam. 12,13).

«Ten compasión de mi, oh Dios, en la medida de tu misericordia. Borra mi iniquidad según la grandeza de tus bondades. Lávame enteramente mi culpa, límpiame de mi pecado, pues yo reconozco mi maldad, y mi pecado está siempre delante de mi.

Contra Ti, contra Ti sólo pequé; he he-

cho lo que es desagradable a tus ojos. Lávame Tú y quedaré más blanco que la nieve. Aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas.

Crea en mi, oh Dios, un corazón sencillo y renueva en mi interior un espíritu recto. No me rechaces de tu presencia... Devuélveme el gozo de tu salvación... Un corazón contrito y humillado Tú no lo desprecias.

Salmo 117, 136 y 148

Estos salmos son himnos de alabanza, nos invitan a alabar al Señor de todas las gentes, a Dios, que es bueno, poderoso, providente, y a su vez desea invitemos a otros y a la creación entera para que continúen en esta alabanza.

«Alabad al Señor todas las naciones, celebradle todos los pueblos, porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la fidelidad del Señor permanece para siempre» (Sal. 117).

«Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Alabad al

Dios del cielo, que da pan a todos, porque es eterna su misericordia» (Sal. 136). «Alabadle vosotros sus ángeles, alabadle sol y luna, estrellas lucientes, montes, fieras, mares, reyes de la tierra, jóvenes y ancianos... ¡HALLELÚ YAH!» = Alabad a Yahvé (Sal. 148).

Salmo 103. Himno de gratitud

«Bendice al Señor, alma mía, y todo cuanto hay en mí bendiga su santo Nombre... y no quieras olvidar sus beneficios. Él es quien perdona todas tus culpas... El harta de bienes tu vida...

Misericordioso y benigno es el Señor, tarde en airarse y lleno de clemencia. no está siempre acusando, ni guarda rencor para siempre... No nos trata conforme a nuestros pecados, ni nos paga según nuestras iniquidades... Pues cuanto se alza el cielo sobre la tierra, tanto prevalece su misericordia para los que le temen. Cuanto dista el oriente del Occidente, tan lejos echa de nosotros nuestros delitos.

Como un padre se apiada de sus hijos,

así Yahvé se compadece de los que le temen. Porque Él sabe de que estamos formados: Él recuerda que somos polvo... Los días del hombre son como el heno, como la flor del campo, así florece; apenas le roza el viento y ya no existe...; pero la misericordia de Yahvé es eterna para los que le temen... ¡Bendice, alma mía, al Señor!...

Salmo 139 (138). Dios es inmenso...

«¡Oh Señor! Tú me penetras y me conoces. Sabes cuando me siento y cuando me levanto. De lejos disciernes mis pensamientos. Si ando y si descanso Tú lo percibes y todos tus caminos te son familiares. no está todavía mi palabra en la lengua, y Tú, Señor, ya la sabes toda. Tú me envuelves por detrás y por delante...

¿Adónde huiré que me aleje de tu espíritu? ¿Adónde huir de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás Tú; si bajare al abismo, allí estás presente... Si dijere: Al menos las tinieblas me esconderán, y a modo de luz me envolviese la noche, las tinieblas no serían oscuras

para Ti, y la noche resplandecería como el día, pues las tinieblas son luz para Tí... Te alabo por el maravilloso modo en que me hiciste, porque tus obras son admirables... Examina mi corazón... y si ando por falso camino, condúceme por la senda de la eternidad (dichosa)...

Otras grandes ideas de los salmos

«Señor, dadme a conocer cuál es mi fin, y cuán corto es el número de mis días, para que sepa cuán caduco soy... Mi vida es como nada ante Ti. No dura más que un soplo todo hombre. Pasa el hombre como una sombra, por un soplo solo se afana; amontona sin saber para quién...» (Sal. 39 (38)).

«No te impacientes a causa de los malvados, no envidies a los que hacen el mal, porque muy pronto serán cortados como el heno, y como la hierba verde se secarán... Considera al recto y mira al justo, y verás que su fin es feliz... Apártate del mal y obra el bien, y vivirás para siempre porque el Señor ama la rectitud y no abandona a los santos...» (Sal. 37/36).

«Enteraos los más necios del pueblo, ignorantes, ¿cuándo discurriréis? El que plantó el oído, ¿no va a oír?; el que formó el ojo, ¿no va a ver?; el que educa a los pueblos, ¿no va a castigar? el que instruye al hombre ¿no va a saber? El Señor conoce los pensamientos de los hombres, son una cosa vana...» (Sal. 94 (93)).

Oraciones del profeta Jeremías

Dios habló muchas veces al pueblo de Israel por medio del profeta Jeremías, y por no ir por el camino de sus mandamientos y entregarse a la idolatría, Dios dice: *«Pasmaos cielos, horrorizaos..., un doble mal ha comido mi pueblo: dejarme a Mi, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua... reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarte de Yahvé, tu Dios...»*

«Conviértete, apóstata Israel, no os miraré con rostro airado, porque soy misericordioso, no me airaré para siempre, con tal que reconozcas tu iniquidad, pues contra el Señor, tu Dios, has pecado...» (3, 12-13).

Jeremías seguía advirtiéndolo al pueblo que iba por malos caminos y a la vez oraba en su favor:

«Aunque nuestras maldades testifican contra nosotros, trátanos, Señor, respetando tu Nombre; pues son muchas nuestras rebeldías; hemos pecado contra Ti. ¡Oh Tú, esperanza de Israel, Salvador suyo en tiempo de angustia! No nos desampares» (14,7-8).

El pueblo ultraja de nuevo a Dios. Jeremías sigue orando en favor del pueblo, y queriendo el Señor castigar a los criminales, dice el profeta: *«Y tu no me ruegues por este pueblo, no eleves por ellos súplica ni oración, ni me insistas, pues no te escucharé» (7,16).* Dios no quería que el profeta se le opusiera con la oración, porque parece le ataba las manos para no castigar tan grandes crímenes. Es lo mismo que dijo a Moisés: *Déjame obrar, no me encadenes con tus oraciones, a fin de que me venga y castigue a este pueblo abominable» (Ex. 32,10).*

No obstante, tenemos que decir que Dios desea que se opongan a su venganza; se ale-

gra de que le contengan y le aten las manos con la oración, pues por medio de su profeta Ezequiel se queja de que no le violenten con la oración y no le supliquen para desarmarle:

«Busqué entre ellos un varón que construyese un vallado y que se pusiese en la brecha frente a Mi, en favor de la tierra, a fin de que Yo no la devastase; mas no lo hallé. Por eso derramé sobre ellos mis castigos» (Ez. 22,30-31).

Si el mundo subsiste, es por las oraciones de las almas fervientes. Por eso dice Jesucristo, que estará apagada la fe en el fin de los tiempos, y por esta causa acabará el mundo: *«Cuando venga el Hijo del hombre, ¿pensáis que ha de hallar fe en la tierra?»* (Lc. 18,8).

Plegaria de Jeremías, al ver que le ponen acechanzas

«Oh Yahvé, esperanza de Israel, todos los que te abandonan quedarán confundidos. Los que se apartan de Ti, se cubrirán de vergüenza... Sáname, Yahvé, y quedaré sano; sálvame y seré salvo, porque tu

eres mi gloria. Mira que ellos me dicen: «Dónde está la palabra de Yahvé? ¡Que se cumpla!».

Yo no he rehusado ser pastor en pos de Ti. No quieras causarme temor. Tú eres mi refugio en el día malo. Sean avergonzados mis perseguidores, mas no quede avergonzado yo; tiemblen ellos y no sea yo quien tiembla. Venga sobre ellos el día de la calamidad, quebrántalos con doble quebranto» (17,13-18).

Otra oración de Jeremías

«Acuérdate, Yahvé, de lo que nos ha sobrevenido. Mira y considera nuestro oprobio. Nuestra herencia ha pasado a manos de extranjeros, y nuestras casas en poder de extraños... Pecaron nuestros padres que ya no existen, y nosotros llevamos sus culpas...

Cayó de nuestra cabeza la diadema; ¡ay de nosotros, que hemos pecado!... ¿Cómo podrías olvidarte de nosotros para siempre, abandonarnos por largo tiempo? Conviértenos a Ti, Yahvé, y nos convertiremos!...» (Lam. 5).

Baruc. Imploración de misericordia

Baruc fue secretario o amanuense de Jeremías. Después de la destrucción de Jerusalén fue llevado con Jeremías a Egipto, y a la muerte de éste se fue a Babilonia a consolar a los exiliados, con una carta que le había dado, anunciándoles su retorno a Jerusalén, después de setenta años de cautiverio, y empieza el libro con una introducción histórica y a continuación con una oración del pueblo penitente, o sea, una confesión de los pecados y una plegaria por la liberación, reconociendo que por los pecados cometidos habían sido llevados cautivos a Babilonia.

«Del Señor, Dios nuestro, es la justicia, mas de nosotros la confusión y el sonrojo, como está sucediendo en este día a todo Judá y a los moradores de Jerusalén, a nuestros reyes y príncipes, a nuestros sacerdotes y profetas y a nuestros padres. hemos pecado en presencia del Señor, Dios nuestro y no le creímos..., ni quisimos escuchar su voz, para proceder conforme a los mandamientos que nos había dado...

Desde aquel día en que el Señor sacó de la tierra de Egipto a nuestros padres hasta el día de hoy, hemos sido rebeldes al Señor, Dios nuestro... No quisimos escuchar su voz conforme a todo lo que decían los profetas que Él nos envió... Hemos pecado, hemos obrado impíamente; nos hemos portado inicuaamente; oh Señor, Dios nuestro, contra todos tus mandamientos. Aléjese de nosotros tu indignación, porque somos pocos los que hemos quedado entre las naciones donde nos has dispersado.

Escucha, Señor, nuestros ruegos, nuestras súplicas, y líbranos por amor de Ti mismo, y haz que hallemos gracias a los ojos de aquellos que nos han deportado; a fin de que conozca todo el mundo que Tú eres el Señor, Dios nuestro, y que tu nombre ha sido invocado sobre Israel y su linaje.

Vuelve, oh Señor, tus ojos hacia nosotros desde tu santa Casa, inclina tus oídos y escúchanos... (1,15 ss; 2,1.16)...

Oración del profeta Daniel

Daniel era de la tribu de Judá y fue trasladado con otros jóvenes nobles a Babilonia por Nabucodonosor. Fue educado en la corte. El espíritu de Dios estaba con él. Muy jovencito defendió a Susana, y por su habilidad en interpretar sueños fue elevado al puesto de más alta autoridad en el imperio babilónico. He aquí una de sus oraciones:

«Señor, Dios grande y temible, que guardas la alianza y la misericordia con los que te aman y cumplen tus mandamientos: Hemos pecado, hemos obrado la iniquidad, hemos sido perversos y rebeldes, nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus juicios, no hemos hecho caso a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes y príncipes y a todo el pueblo de la tierra.

Tuya es, Señor, la justicia y nuestra la vergüenza en el rostro que llevan hoy todos los hombres de Judá... Pero es de Yahvé, nuestro Dios el tener misericordia y el perdonar, aunque nos hayamos rebelado contra Él... Oye, pues, Dios

nuestro, la oración de tu siervo, y por amor de Ti, Señor, haz brillar tu faz sobre tu santuario devastado... ¡Escucha, Señor! ¡Señor, perdona!... (9,4 ss).

Otra oración larga tenemos en el capítulo 3.º de la profecía de Daniel, es la de los tres jóvenes que en medio del fuego en el que fueron arrojados bendijeron a Dios constantemente y luego fueron milagrosamente salvados... y Nabucodonosor reconoció que no había otro Dios, que el que los libró de las llamas en el horno encendido, y *«su reino es reino eterno, y dominación perdurará de generación en generación»*.

Oración de Susana, al ser llevada al suplicio

Susana en alta voz dijo: *«¡Dios eterno, conocedor de todo lo oculto, que ves las cosas todas antes que sucedan! Tu sabes que han declarado falsamente contra mí. Tu sabes que muero sin haber hecho nada de cuanto éstos han inventado inicualemente contra mí»*.

Oyó el Señor su voz, y mientras era llevada a la muerte despertó Dios el espíritu de un jovencito llamado Daniel, que con voz fuerte gritó: Yo soy inocente de esta sangre... ¡Hijos de Israel! tan insensatos sois que sin inquirir ni poner en clara la verdad, condenáis a esa hija de Israel. Volved al tribunal, porque éstos han testificado mal de ella. Y se vio que eran testigos falsos y en vez de Susana, fueron ellos condenados.

Oraciones de Judas Macabeo

Judas Macabeo se vio enfrentado con sus pocas tropas al gran ejército de Siria, capitaneado por Serón. Entonces los seguidores de Judas, dijeron a éste: «¿Cómo podremos nosotros tan pocos, luchar contra tan poderosa muchedumbre, y menos hoy estando extenuados por el ayuno? Lucas les contestó:

«Fácil cosa es entregar una muchedumbre en manos de pocos; pues cuando Dios del cielo quiere dar la victoria, lo mismo es para Él que haya poca o que haya mucha gente; porque el triunfo de la guerra no depende de la muchedum-

bre del ejército, sino del cielo, que es de donde viene la fuerza.

Ellos vienen contra nosotros llenos de orgullo y de impiedad con el fin de aniquilarnos...; mas el Señor mismo los aniquilará en nuestra presencia; no les tengáis miedo.

Luego que acabó de hablar, se arrojó de improviso sobre los enemigos, y derrotó a Safón con todo su ejército (1 Mac. 3,17-23).

El que lea los libros de los Macabeos, podrá ver el gran valor de los hombres que se apoyan en Dios. De hecho vemos que «ora Judas Macabeo, y mata a Apolonio y derrota su ejército». Ora otra vez, y vence a Sarón, el general del ejército sirio y a todos sus numerosos soldados. Ora de nuevo, y hiere a Gorgias y a sus tropas. Sigue orando, y Lisias, jefe del ejército de Antioco, queda avergonzado con sus numerosos soldados. Ora nuevamente, y el impío y blasfemo Nicanor muere con su innumerable ejército.

Movido de la oración de aquel piadoso e intrépido capitán, Dios envía varias veces ángeles para protegerlo.

Quiere Heliodoro apoderarse del templo y de los tesoros que contiene; y tomada la ciudad, unos ángeles bajan del cielo para detener a aquel profanador sacrílego en la puerta del templo, y azotarle violentamente, dejándole medio muerto; y si recobra la salud y conserva la vida, lo debe solamente a la oración del santo Pontífice Onías (2 Mac. 3).

Advertencia: Bien podemos decir que cuando las guerras se hacen en nombre de Dios, siempre se ganan. Recordemos el enfrentamiento de David con el gigante Goliat. Puesta la confianza en Dios, se dirigió a Goliat:

«Tu vienes contra mí con espada, lanza y venablo, mas yo voy contra ti en el nombre de Yahvé de los ejércitos, el Dios del ejército de Israel, a quien tu has ultrajado. Hoy te entregará Dios en mi mano... (1 Sam. 17,45-46).»

Y ¿qué sucedió? David echa mano a la honda, pone en ella una piedra y después de hacerla girar sobre su cabeza, la suelta y fue a hundirse en la frente del filisteo, que cayó

desplomado al suelo. Quien confía en el Señor obra grandes milagros.

LAS ORACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO

El ejemplo de Jesucristo

Como el ejemplo de Jesucristo es el que ha movido a los santos a orar, y es el que también debe movernos a todos a hacer oración, lo primero que tenemos que hacer es fijarnos en lo que Jesús hizo y nos recomendó.

—Según los evangelistas: Él se levantaba temprano, e iba a orar a un lugar desierto, y otras veces se iba a un monte a orar (Mc. 1,35; 6,46), y mientras oraba, un día se transfiguró ante sus apóstoles (Lc. 9,28).

—Siempre que quería obrar milagros, oraba antes, y a veces después de realizarlos, vg. en la multiplicación de los panes: *«Despedida la muchedumbre subió solo al monte a orar. Llegada la tarde, Jesús permanecía todavía allí arriba»* (Mt. 14,23).

—El oró en el huerto de los Olivos, oró

en la cruz, y su vida fue una vida de oración..., y nos enseñó la oración del «Padrenuestro», a orar por nuestros enemigos... y en todo lugar.

—Jesús exhortaba a todos a orar, y así decía: *«Es necesario orar siempre y no desfallecer»* (Lc. 18,1) y esto lo repetían luego sus apóstoles: *«Orad sin intermisión»* (1 Tes. 5,17).

«Vigilad y orad a fin de que no caigáis en la tentación, el espíritu es pronto, pero la carne es débil» (Mt. 26,41).

Los motivos que nos obligan a orar, por lo general, sabiendo que Dios es omnipotente y que todo lo puede, son nuestras necesidades, nuestras enfermedades, nuestra debilidad, nuestras faltas y ceguera. (Y lo que tenemos que hacer para no pecar, es recordar los Novísimos).

La oración es vivir en continua comunicación con Dios, andar en su presencia...

Las diversas oraciones más breves

1) *La oración de la hemorroisa*. Esta padeía flujo de sangre desde hacía doce años y había gastado su herencia en médicos. Oyen-

do que muchos por sólo tocar a Jesús quedaban curados, llena de fe, se dijo:

«Si yo lograra tocar siquiera su vestido, quedaría sana». Ella al instante de tocarle, conoció en su cuerpo que estaba sana de su dolencia (Mc. 5,28).

Jesús dijo: ¿Quién me ha tocado? Como todos negaban, dijo Pedro y los que le acompañaban: Maestro, las muchedumbres te tocan y te oprimen. Pero Jesús dijo: *«Alguien me ha tocado»*, es decir, una persona me ha tocado con fe, porque una virtud ha salido de mí. Y por eso, Él vuelto, le dijo a la hemorroisa: Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz. La oración puede manifestarse con petición de palabras o con el simple deseo, y si va acompañada de fe y de humanidad logra cuanto desea.

2) *La oración de Jairo, jefe de la sinagoga.* Éste tenía una hija enferma de gravedad y fue ante Jesús y postrado a sus pies, le suplicó así:

«Mi hijita está en las últimas; ven e imponle las manos para que se salve y viva» (Mc. 5,23).

Jairo iba siguiendo a Jesús, cuando llegaron de su casa, y le dijeron: *Tu hija ha muerto, ¿por qué ya molestar al Maestro?* Pero oyendo Jesús lo que decían, dice al jefe de la sinagoga: *No temas, ten sólo fe...*, y llegando a la casa donde yacía la niña de doce años muerta, la resucitó.

3) *La oración de un leproso* fue sencilla, postrado ante el Señor le dijo:

«Señor, si tu quieres, puedes limpiarme»
(Mt. 8,2).

Jesús puso su mano limpia y pura sobre aquel cuerpo llagado y al momento quedó limpio de la lepra.

4) *La oración de otros diez leprosos.* Un día vinieron al encuentro de Jesús diez leproso, que a lo lejos se pararon y levantando la voz, le dijeron:

«Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros»
(Lc. 17,11).

Jesús al verlos, les dijo: *Id y mostraos a los sacerdotes* (estos eran los que tenían que darles el certificado de que en verdad estaban curados para que pudieran luego convivir con

los demás de la población a que pertenecían). En el camino uno de ellos, al verse curado, volvió a darle gracias a Jesús y entonces Jesús dijo: ¿No han sido diez los curados? y los nueve ¿dónde están? (¡cuánto le dolió a Jesús la ingratitud!).

5) *La oración de dos ciegos.* Un día Jesús salía de Jericó acompañado de una muchedumbre numerosa, y dos ciegos que estaban junto al camino al oír que Jesús pasaba y que hacía muchos milagros, comenzaron a gritar:

«¡Señor, ten piedad de nosotros, Hijo de David!» (Mt. 20,30).

Se paró Jesús, y llamándolos les dijo: *«¿Qué queréis que os haga?»* Dijéronle: *«Señor, que se abran nuestros ojos»*. Compadecido Jesús, tocó sus ojos y al instante recobraron la vista.

6) *Oraciones del fariseo y del publicano.* Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, oró en pie, así:

«¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, ladrones, in-

justos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo» (Lc. 18,11).

El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y golpeaba su pecho, diciendo:

«¡Oh Dios!, ten compasión de mi, pecador» (18,13).

Jesús dijo después de exponer esta parábola: *Os digo que éste bajó justificado a su casa y no aquel. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.* La oración del fariseo es reprobada, porque propiamente no fue a orar al templo, sino a alabarse. Aquí Jesús nos enseña la necesidad de la humildad en la oración.

Otras oraciones

7) *La de un padre en favor de su hijo.* En el ejemplo de la curación del niño epiléptico se nos enseña que podemos orar unos por otros. Un día salió al encuentro de Jesús mucho gentío, y, de

pronto, un hombre salido de entre la muchedumbre, clamó al Señor diciéndole:

«¡Maestro! Te ruego que te fijas en mi hijo, porque es el único que tengo y se apodera de él un espíritu, y de repente se pone a gritar y le retuerce echando espumarajos, y a duras penas se aparta de él, dejándolo muy maltratado. He rogado a tus discípulos que le lanzaran y no pudieron» (Lc. 9,38).

Jesús luego increpó al demonio, espíritu inmundo, que salió del niño, y curado éste, se lo devolvió a su padre. Todos quedaron asombrados de la grandeza de Dios. Los discípulos preguntaron luego a Jesús: *«¿Por qué no hemos podido echarle nosotros?»*. Les contestó: Esta especie no puede ser expulsada por ningún medio si no es por la oración (y el ayuno) (Mc. 9.29).

8) *Jesús sana al siervo del centurión.* Al entrar Jesús en Cafarnaún, se le acercó un centurión, suplicándole:

«¡Señor, mi criado yace en casa paralítico, horriblemente atormentado! (Jesús

le dijo: Yo iré a curarlo). Mas el centurión replicó: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, sino dilo sólo de palabra y sanará mi criado. Porque también yo soy hombre bajo un mando, que tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: Ve, y va; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace». (Mt. 8,5-9).

Al oírlo Jesús, se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en ninguno de Israel encontré tanta fe. Y dijo luego al centurión: *Anda, como creíste, se te cumpla. Y sanó el criado en aquel momento.*

Antes se habían presentado a Jesús unos ancianos de los judíos a pedirle que fuera a sanar al siervo del centurión, y le dijeron:

«Bien merece que se lo concedas, porque quiere bien a nuestra gente, y él fue el que nos edificó la sinagoga» (Lc. 7,5).

Es confirmación de que podemos y debemos orar unos por otros...

9) *La oración de la mujer cananea.* Esta mujer dijo a Jesús a grandes voces:

«¡Señor, hijo de David, ten compasión de

mi! Mi hija está malamente atormentada por un demonio»... y luego se le acercó y postrada ante Él, añadió: «¡Señor, socórreme!» (Mt. 15,22).

No está bien, le contestó Jesús, el tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Pero ella dijo: *Sí, Señor, porque también los perrillos comen de las migajas que caen de las mesas de sus señores.* Entonces Jesús le dijo: *¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tu quieres.* Y quedó sana su hija desde aquel momento.

Jesús dijo a sus discípulos: *«En verdad os digo, si tenéis fe y no titubeáis y decís a esta montaña: «Álzate y arrójate al mar», así sucederá, y cuanto pidiéreis con fe en la oración, lo conseguiréis (Mt. 21,21-2).*

10) *La tempestad calmada.* Cuando subió Jesús a la barca, le siguieron sus discípulos, y de pronto se alborotó grandemente el mar tanto que la solas cubrían la barca, mas Él estaba entre tanto durmiendo. Y acercándose le despertaron diciendo:

«¡Señor, sálvanos que perecemos!» (Mt. 8,25).

Entonces se levantó y les dijo: «¿*Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?... e increpando a los vientos y al mar, sobrevino una gran calma, y ellos decían: ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?*

11) *Curación de un paralítico.* Le presentaron un día un paralítico tendido en una camilla. Al ver Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: *Confía, hijo; perdonados te son tus pecados...* Los que le oyeron decían: Este blasfema, pues quien puede perdonar los pecados sino Dios. Pues *para que sepáis que tengo este poder de perdonar pecados* (y por tanto para que creáis que soy Dios), dijo al paralítico: *Levántate y anda, echa auestas tu camilla y vete a tu casa...*

Este y tantos otros ejemplos nos dicen claramente que nuestras oraciones tienen gran valor y obtienen lo que pedimos si las hacemos con fe.

12) *Curación del hijo del cortesano.* Un funcionario de la corte tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Jesús se hallaba en Caná de Galilea y se le acerca para rogarle que bajara y sanara a su hijo, porque estaba ya para morir. La oración del cortesano con súplica insistente, fue ésta:

«Señor, baja antes que muera mi hijo»
(Lc. 4,40).

Jesús le dijo: *Anda, tu hijo vive*. Creyó el hombre lo que le dijo Jesús y se puso en marcha. Sus siervos le salieron al encuentro para decirle que su hijo estaba ya bueno, y esta curación resultó que tuvo lugar en la misma hora que Jesús le dijo: «*Tu hijo vive*», y creyó él y toda su casa.

Oraciones de los apóstoles

—*Oración de Pedro ante el cadáver de Tabita*. Dice la Escritura: Pedro se puso de rodillas y oró, después dirigiéndose al cadáver, dijo: «*Tabita, levántate*», y ella abrió los ojos, y viendo a Pedro se incorporó, y luego se la presentó viva a los cristianos y viudas que estaban allí (Hech. 9,36 ss).

Nota: Pedro hizo antes otros milagros, como el de Eneas, paralítico que hacía ocho años que estaba en cama, y sólo con decirle: «*Jesús, el Cristo, te sana, levántate*... (Hech. 9,33-34), y el del cojo desde el vientre de su madre, que estaba a la puerta del templo pidiendo limosna, y yendo el apóstol a orar, juntamente con

Juan, le dijo: «*Yo no tengo oro ni plata, mas lo que tengo te doy*: En el nombre de Jesucristo el Nazareno, levántate y anda, y al instante comenzó a andar... (Hech. 3,6).

—*Milagros de San Pablo, fueron muchísimos*. Con su oración e imposición de las manos, curó al padre del principal de la isla de Malta, llamado Publio, y a cuantos padecían enfermedades también los curó (Hech. 28,8-9). Además resucitó a un joven llamado Eutico en Tróade (Hech. 20,9-10), y por medio de San Pablo Dios obró milagros extraordinarios, de tal suerte que aplicados a los enfermos pañuelos que había tocado su cuerpo, hacían desaparecer de ellos las enfermedades... (Hech. 19,11).

San Pablo, hombre de oración, la recomendaba al igual que Jesucristo: «*Orad sin cesar*» (1 Tes. 5,17) y recomendaba que se hicieran oraciones por todos los hombres, por los reyes y por todos los que ocupan cargos importantes para que podamos llevar una vida tranquila y pacífica con toda piedad y pureza de costumbres (1 Tim. 2,1-2).

—*El apóstol Santiago* dice: «Rogad los unos por los otros para que seáis curados. La oración asidua del justo puede mucho. Elías

era de la misma condición humana semejante a nosotros y rogó para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y medio, y oró de nuevo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto» (Sant. 5,16-18).

—*En los Hechos de los apóstoles* se nos refieren estos ejemplos:

1) Todos los primeros cristianos oraban constantemente: «*Eran perseverantes en la oración*» (1,14).

2) Mientras Pedro estaba custodiado en la cárcel y cargado de cadenas la Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.. y Dios lo libró (Hech. 12).

3) San Esteban, que hasta oraba por sus enemigos que le apedreaban es un modelo para todos los cristianos (Hech. 7,60).

Conclusión

De lo expuesto en este libro, debemos sacar la consecuencia de la necesidad que tenemos todos de orar, de vivir siempre en comunicación constante con Dios, porque como hechura suya, dependemos de Él. Tenemos que aprender a vivir con el corazón desprendido de las cosas de la tierra, porque sólo nos son

dadas para mientras vivimos, ya que tenemos que dejarlas aquí al morir.

La oración es una elevación del alma a Dios, y por consiguiente, si mientras oramos la imaginación se ocupa de la tierra, de los negocios, de la familia, del trabajo, de las criaturas..., entonces nuestra alma no se levanta hacia Dios... Y *si oramos y no recibimos, es porque pedimos mal* (Sant. 4,3), y para orar bien, hay que orar con fe, con confianza, con fervor, con humildad, con perseverancia, con corazón puro y contrito y hallarnos en lo posible en estado de gracia.

Además, para que la oración sea escuchada y oída, debe salir de un corazón exento de odio y lleno de caridad. Cada vez que el hombre rencoroso pronuncia estas palabras: «*Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*», pronuncia su condenación. Así su oración sería nula y ultrajante...

Los Padres de la Iglesia y los teólogos enseñan que hay tres clases de obras buenas en las cuales pueden comprenderse todas las demás: la oración, el ayuno y la limosna. La oración paga a Dios lo debido; el ayuno lo que nos debemos a nosotros mismos, y la limosna lo debido al prójimo.

La oración con las debidas disposiciones es muy poderosa, y como dice San Ambrosio es más poderosa que las armas, y lo comenta así, aduciendo el pasaje de 2 Rey. 6,16-18: Queriendo el rey de Siria apoderarse del profeta Eliseo, envió caballos, carros y soldados escogidos. Pero Eliseo oró al Señor, diciendo: *Cegad a estas tropas, os lo suplico*. Y el Señor, atendiendo a la oración de Eliseo las cegó, es decir, veían, pero no conocían al profeta que tenían delante de sus ojos.

San Gregorio Magno nos dice: «Dios quiere que le roguemos, quiere que le hagamos violencia, quiere ser vencido con cierta importunidad. Por esta razón os dice: El reino de los cielos sufre violencia, y los que emplean violencia, de él se apoderan. Sed, pues, asiduos en la oración; sed importunos en vuestras súplicas; cuidad de no desanimaros en la oración. Si aquel a quien oráis manifiesta no entenderos, forzadle, para que podáis recibir el reino de los cielos. Sed violentos para apoderaros del cielo. Esta es una excelente y dulce violencia que no ofende a Dios, sino que lo apacigua; y no hiere tampoco al prójimo, antes bien le ayuda, y disminuye y hace desaparecer el pecado» (In Psal. 6).

Y ponemos fin con estas palabras de S.J. Crisóstomo: «Es permitido hablar con Dios: os está permitido hablar con él cuando queráis; y con vuestra oración podéis merecer lo que deseáis. Y aunque no podáis oír la voz de Dios con los oídos del cuerpo, puesto que recibís lo que pedís, es muy cierto que se digna hablaros, si no de palabra, al menos con sus beneficios, lo que es infinitamente más precioso» (In Eccles. 18).

ÍNDICE

<i>PRESENTACIÓN</i>	5
---------------------------	---

LAS ORACIONES DE LA BIBLIA

—La primera y principal: El Padrenuestro	9
--	---

LAS ORACIONES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

—Abraham intercede por Sodoma	10
—Oración de Eliezer, mayordomo de Abraham	13
—Oración de Jacob, camino de Harán .	15
—Oración para que Dios le libre de las manos de Esaú	17
—La oración de José, el hijo de Jacob .	18
—¿Es oración levantar las manos hacia Dios?	22

—Moisés intercede por el pueblo	23
—Nueva oración de Moisés	24
—La oración y el pecado en el libro de los jueces	27
—La oración de Ana, madre de Samuel	30
—Oración de David	30
—Oración de Salomón	32
—Otra oración de Salomón	33
—Oraciones del profeta Elías	35
—Oraciones de Ezequías, rey de Judá ..	40
—Nueva oración de Ezequías	42
—Oración de Asa, rey de Judá	43
—Oración del rey Josafat	44
—Oración de Esdras	46
—Oración de Nehemías	49
—Plegaria de los levitas en tiempo de Nehemías	51
—La oración de Tobías	58
—Oración de Sara, hija de Ragües	59
—Oración del hijo de Tobías y de Sara ..	61
—Oración de Judit	64
—Oraciones de Ester y de Mardoqueo .	67
—Oraciones en los salmos	72
—Oraciones del profeta Jeremías	79
—Oración de Baruc	83
—Oración de Daniel	85
—Oración de Susana	86



—Oraciones de Judas Macabeo	87
-----------------------------------	----

<i>LAS ORACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO</i>	91
---	----

—El ejemplo de Jesucristo	91
---------------------------------	----

—Las diversas oraciones más breves ...	92
--	----

—La oración de la hemorroisa, de Jairo, del leproso	92
---	----

—Otras oraciones: las del padre en favor del niño epiléptico, del centurión, de la cananea, la del paralítico, la del hijo del cortesano	93
--	----

—Oraciones de los apóstoles: Pedro, Pablo, Santiago	101
---	-----

—Conclusión	103
-------------------	-----

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovechate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad